

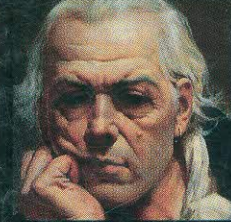


COLECCIÓN

Pensamiento crítico / Luis Beltrán Prieto Figueroa

El despertar de la conciencia

VINICIO ROMERO MARTÍNEZ



1516-1810



Comandante Hugo Rafael Chávez Frías

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Lic. Jennifer Gil Laya

Ministra del Poder Popular para la Educación

Junta Administradora del IPASME

Prof. Favio Manuel Quijada Saldo

Presidente

Ing. José Alberto Delgado

Vice-presidente

Prof. Pedro Miguel Sampson Williams

Secretario

Fondo Editorial IPASME

Lic. José Gregorio Linares

Presidente

El Despertar de la Conciencia

Vinicio Romero Martínez

Recopilación: Carmen de Romero

COLECCIÓN



Pensamiento crítico

Luis Beltrán Prieto Figueroa



El Despertar de la Conciencia

Vinicio Romero Martínez

Depósito Legal: If65120093204610

ISBN: 978980-401029-3

Impreso por:

3000 ejemplares

Caracas, Octubre de 2009

Diseño Gráfico y Montaje: María Carolina Varela
y Víctor Adolfo Romero

Corrección: Ángel Daniel González

Comité Editorial:

José Gregorio Linares

Sagrario De Lorza

Alí Ramón Rojas Olaya

Ángel González

Fondo Editorial Ipasme

Locales Ipasme, final calle Chile con Av. Victoria

(Presidente Medina) Urbanización Las Acacias

Municipio Bolivariano Libertador, Caracas.

Distrito Capital, República Bolivariana de Venezuela

Apartado Postal: 1040

Teléfonos: +58 (212) 633 53 30

Fax: +58 (212) 632 97 65

E-mail: fondoeditorial.ipasme@yahoo.com

Página Web: <http://fondoeditorialipasme.wordpress.com>

ÍNDICE

PRÓLOGO

9.....	Biografía del historiador Vinicio Romero Martínez
11.....	LA HISTORIA QUE LE GUSTABA, CARMEN MERCEDES DE ROMERO
13.....	LA HISTORIA QUE A MÍ ME GUSTA, VINICIO ROMERO MARTÍNEZ
15.....	PRIMERO FUE LA REBELDÍA ABORIGEN
16.....	LOS ZULIANOS SE ALZARON 11 VECES
17.....	EL DESCONCIERTO EN EL SIGLO XVIII
17.....	EL PRIMER GOLPE DE ESTADO
19.....	JUAN FRANCISCO LEÓN, LA PALABRA PATRIA Y LA REPÚBLICA
29.....	LA CONSPIRACIÓN DE PIRELA
30.....	JOSÉ LEONARDO CHIRINOS
37.....	LA CONSPIRACIÓN DE GUAL Y ESPAÑA
55.....	LOS INTENTOS INDEPENDENTISTAS DEL PRECURSOR FRANCISCO DE MIRANDA
63.....	EL 19 DE ABRIL NACIÓ LA PATRIA
71.....	EL CLUB DE LOS SINCAMISA O LA PRIMERA DIVISIÓN PARTIDISTA

Prólogo

La Historia de Venezuela vuelve al aula

El Instituto de Previsión y Asistencia Social del Ministerio del Poder Popular para la Educación (Ipasme), dirigido por el Profesor Favio Manuel Quijada Saldo como Presidente; el Ingeniero José Alberto Delgado como Vicepresidente; y el Profesor Pedro Miguel Sampson Williams, Secretario, a través de su Fondo Editorial, el cual tengo el honor de presidir, ha decidido dar aportes, desde sus modestos esfuerzos, al despertar de la conciencia de nuestros pueblos con la publicación de este libro, dentro de la colección Bicentenario de la Independencia.

Con El despertar de la conciencia, de nuestro recordado Vinicio Romero Martínez, se busca una historia que en lugar de operar como justificación ideológica esté concebida como herramienta para la liberación. Su autor promueve, preserva y enriquece la memoria colectiva del pueblo venezolano porque en ella subyace la fuerza motriz de los nuevos tiempos.

Esta obra forma parte de una serie que se propone no sólo celebrar los bicentenarios sino, además, reinterpretar el aporte de nuestros pueblos en la primera independencia de América Latina y reivindicar la conciencia de lucha que hoy ponemos al servicio de una segunda y definitiva independencia.

Vinicio Romero Martínez fue historiador, escritor, periodista y conferencista. Nació en Los Puertos de Altagracia, estado Zulia, en 1940. Fue director y colaborador de periódicos y revistas, programas de radio y televisión. Gabriel García Márquez contó con su colaboración como asesor histórico para la confección de su novela sobre los últimos días de Simón Bolívar “El general en su laberinto”.

El despertar de la conciencia resulta un magnífico libro para hacer llegar la historia al pueblo venezolano. Su autor contribuye con el Ministerio del Poder Popular para la Educación en todo lo que tiene que ver con los contenidos de historia que se imparten en la educación básica, media y diversificada. Es decir, la historia que a él le gustaba, partiendo de la rebeldía aborígen y culminando con el 19 de abril de 1810 o día del nacimiento de la Patria. Vinicio Romero nos pasea por un itinerario crítico y reflexivo: los 11 alzamientos zulianos, el desconcierto del siglo XVIII, el primer golpe de Estado, la palabra Patria y la República de Juan Francisco León, la sublevación de Pírela, el levantamiento de José Leonardo Chirinos, la conspiración de Gual y España y los intentos independentistas del Precursor Francisco de Miranda. Vinicio Romero nos obsequia una ñapa: el club de los sincamisa o la primera división partidista.

En ésta nueva publicación, el autor incluye a los grandes próceres de la gesta preindependentista, haciendo énfasis en todos los personajes, mujeres y hombres que actuaron en esa época y que son poco conocidos porque han sido relegados por la historiografía tradicional. De esta forma, el Fondo Editorial Ipasme rescata el peso que tiene la Historia de Venezuela y aplaude su vuelta al aula, lugar de donde nunca debió haber salido.

José Gregorio Linares C.

BIOGRAFÍA DEL HISTORIADOR VINICIO ROMERO MARTÍNEZ

Vinicio José Romero Martínez, periodista, escritor, historiador, conferencista y diplomático, nace en Los Puertos de Altagracia, estado Zulia, el 11 de junio de 1940. Hijo de Adolfo Romero Luengo, altagraciano y creador de la Vuelta al Terruño, el 26 de diciembre, día de la Virgen de Altagracia, y de Alicia Martínez Acuña, Vinicio es el segundo de los catorce hijos de los esposos Romero Martínez. Desde muy joven se apasionó por el estudio de la historia patria y de la literatura venezolana, adquiriendo disciplina y método en la Congregación Salesiana, en Táriba, estado Táchira, donde realizó estudios de primaria y parte de la secundaria.

En 1958 la familia se traslada a Caracas, donde continúa estudiando y a su vez trabajando como redactor de INNAC, en el Diario El Universal. Al inicio de la década del 60, viaja a Ciudad Bolívar para encargarse de la dirección del Diario El Bolivarense. Allí contrajo matrimonio con Carmen Mercedes Salazar.

En 1970 el matrimonio se traslada a Caracas, donde publica su primera obra de carácter histórico: la Agenda Histórica y Turística de Venezuela. Con cuarenta libros publicados, Vinicio Romero se caracterizó por escribir la historia de forma amena y sencilla para la comprensión de niños, jóvenes y adultos; de ahí el gran éxito de publicaciones como Las Aventuras de Simón Bolívar, Mis Mejores Amigos, Qué Celebramos hoy, el libro de las efemérides Bolivarianas, Mi Amigo Simón Bolívar, etc. Vinicio Romero fue Asesor histórico de las publicaciones del Grupo Editorial Venelibros.

Reconocido como el historiador bolivariano, en 1988, el Premio Nóbel de literatura Gabriel García Márquez, acudió a su asesoramiento para la publicación de su novela El General en su Laberinto, dándole el reconocimiento en la obra. Incursionó en la dramaturgia con las exito-

sas obras: el monólogo Manuela Sáenz, “Vine a decirlo todo”, ganador del premio nacional del Ministerio de la Cultura, mención teatro; y el musical para teatro ¡Cuidao Simoncito ‘ta” soñando!, estrenada en julio de 2007.

En febrero de 2002 fue elegido Presidente de la Sociedad Bolivariana de Venezuela para el período 2002-2006, en la primeras elecciones directas y secretas de la institución; y en noviembre fue designado Cónsul General de Venezuela en Puerto Rico, donde desarrolló una intensa labor diplomática, reconocida por el pueblo puertorriqueño. En 2006 fue designado Embajador Extraordinario y Plenipotenciario en la República de Trinidad y Tobago.

En el año de 2004 le detectaron un cáncer linfático con el que luchó hasta lograr vencerlo y en esa lucha se le fue la vida. Falleció en Puerto Rico el 20 de noviembre de 2007.

Desde 1972 hasta octubre del año en que fallece, dictó más de 2.000 conferencias en diferentes instituciones educativas, públicas y privadas, nacionales e internacionales, donde era frecuentemente invitado por su manera amena y objetiva de narrar la historia.

LA HISTORIA QUE LE GUSTABA

Vinicio Romero Martínez, periodista, escritor, historiador, conferencista y diplomático, además de discursos, charlas y conferencias, produjo un sin número de escritos, en diferentes épocas. Desde 1959, cuando ejerció el periodismo como redactor de INAC y Director de la revista Estampas, hasta el 2007, año de su fallecimiento (20/11), en el que recibió el premio “Creadores”, el 15 de octubre, para el que escribió el 7 de setiembre su último artículo, titulado “Creación y Creadores” que inicia así: “La creación debe hacerse en libertad plena, y va íntima e inexorablemente vinculada a la educación y a la formación de valores, de lo contrario no tendría sentido”.

Vinicio fue un gran venezolanista y un reconocido historiador bolivariano, por lo que todos sus escritos para diferentes medios impresos, radioeléctricos y visuales, prólogos, presentación de catálogos de pintores, entrevistas, textos escolares, algunos de ellos inéditos, son el fruto de acuciosas investigaciones que garantizan la veracidad del recuento histórico de cada uno.

Su mayor preocupación como historiador, eminentemente documental, fue la de reescribir nuestra verdadera historia y, lo más importante, escribir para el venezolano de a pie y no para eruditos y rescatar nuestra historia del subsuelo donde se encontraba. En una oportunidad en la que sus libros se convertían en textos de consulta obligada, uno de esos eruditos le comentó: “¿Vinicio, cuando vas a escribir algo serio?”.

En 1998, cuando le propusieron prepararle una página web para toda su obra, se le ocurrió titular la sección para los escritos sueltos: La historia que a mi me gusta, e inclusive escribió la introducción. El proyecto quedó inconcluso por la vorágine de la vida; pero no olvidado. En el año 2000 retomó la idea y me propuso organizarlos y digitalizarlos para una edición.

De la gran mayoría de sus artículos, ya digitalizados, se ha realizado una selección, organizada cronológicamente. Son gran parte de nuestra historia, narrada en forma anecdótica pero auténtica.

Carmen Mercedes Romero

LA HISTORIA QUE A MÍ ME GUSTA

El gran gozo de conocer nuevos amigos y de compartir con ellos con la misma fruición de quien comparte un tesoro me anima una vez más a enviar un mensaje de optimismo, de fe, de amor y de paz, extensivo a todos, con la esperanza de que, conociendo e interpretando la historia y conociéndonos a nosotros mismos, salgamos de la crisis que nos agobia como pueblo; y que cada ser venezolano contribuya aunque sea con un mínimo de esfuerzo para lograr la reconstrucción de la Patria y el rescate de la identidad nacional.

Mientras más se deterioran los principios morales, los valores éticos, el sentido de la amistad, más creo en la gente, más reafirmo la importancia del ser y sentirse amigo, en un mundo que tiende a olvidar o desechar estos valores.

Y esta es la razón fundamental de mi empeño; combatir las fuerzas malignas que quieren destruir lo más hermoso de la convivencia humana, el lazo de la amistad. Porque acabando con la amistad se acaba también con el amor, con la paz, y por ende con la noción de Dios, cuya razón de ser es el Amor.

Por otra parte, quiero aprovechar el lazo de amistad para hacer valer la necesidad de estudiar nuestra historia venezolana, rica en hechos positivos, tesoro invaluable para poder avizorar el futuro y proteger el presente.

Mediante estos escritos pretendo difundir de la manera más amena posible la historia que a mí me gusta, que no es otra que la que a usted le gusta, estableciendo la figura paradigmática del Libertador y estrechando la relación personal para servirle a sus gratas órdenes.

Vinicio Romero Martínez
1998

PRIMERO FUE LA REBELDÍA ABORIGEN

La Independencia de Venezuela no se hizo de golpe ni llegó por azar. Fue un largo proceso durante el cual se produjeron movimientos de cierta importancia, todos tendientes a separarse de España, hasta culminar con el golpe del 19 de abril de 1810. En este momento termina, de hecho, la historia de la Monarquía española en las Provincias de América y comienza otra historia, la de la etapa republicana.

Los primeros en oponerse a la conquista europea fueron los indios. La raza heroica, indómita, de nuestros aborígenes se enfrentó desde el principio a los españoles. Los indios pacíficos, los amigos de los españoles, fueron llamados *quatiaos*; a ellos se les daba garantía de libertad. La gran mayoría, en cambio, se mantuvo rebelde, y a éstos se les aplicó la esclavitud y la llamada justa guerra, por demás injusta, inhumana y cruel. Pero aquella bravía fiereza, aquella noble altanería de los naturales, aquel vigoroso empeño de echar de sus tierras a los intrusos extranjeros, todo se hizo vano porque el invasor-conquistador traía una cultura avanzada, el poder de destrucción de sus armas de fuego, el caballo y otros elementos que hicieron imposible la resistencia aborigen.

Allí están, sin embargo, como ejemplos de valor y de lucha tenaz por la supervivencia, la dignidad y el orgullo, los anónimos primitivos que en 1499 se enfrentaron en Puerto Flechado al conquistador Alonso de Ojeda (1466-c.1516); y están los nombres de los bravíos Guacaipuro (¿-c.1568), Guarauguata (¿-c.1568), Guaicamacuto (¿-c.1568), Araguare (¿-1575), Terepaima (¿-c.1568), Tamanaco (¿-1571), Paramacay (¿-c.1573), Naiguatá (¿-c.1568), Manaure (¿-c.1532), Chacao (¿-c.1568); y las aguerridas tribus de los Zaparas, Jirajaras, Caracas, Cumanagotos, Timoto-cuicas, Caribes, Guajiros, Motilones, Caquetíos... Un bravo pueblo que quiso defender a toda costa, hasta el sacrificio de la vida, lo que consideraban legítimamente suyo, el territorio del llamado Nuevo Mundo.

LOS ZULIANOS SE ALZARON ONCE VECES

Fue ejemplar la tenacidad zuliana por zafarse de la autoridad de los españoles. El 1 de noviembre de 1640 se alzaron los indios quiriquires y destruyeron la villa de Gibraltar, al grito de guerra ¡muerte al español! Durante 17 años se mantuvieron independientes de todo gobierno extraño, adueñándose del río Catatumbo y de la zona sur del Lago. Los guerreros quiriquires, que no peleaban por emboscadas ni a traición, sino “cara a cara, en mitad del día”, cayeron al fin por causa de un traidor que los vendió. Pero fue el primero de los intentos, diecisiete años fuera del control español.

En 1766 los guajiros, en protesta por los impuestos elevados y los abusos de la Compañía Guipuzcoana, decidieron rebelarse y mantuvieron en jaque a las autoridades españolas durante treinta y dos años, hasta que el propio Gobierno se interesó en firmar la paz, la que se logró en 1798. En 1799 se alzaron los motilones, que eran unos 50.000.

Las otras revoluciones fueron la de 1808, de los aristócratas zulianos en connivencia con los de Caracas; la de 1810, en apoyo a la del 19 de abril originada en Caracas. Esta fue sofocada por el Gobernador Fernando Miyares (1749-1818) y los tres enviados de la Junta caraqueña fueron apresados. También la de 1811, una de las más importantes, en la que participaron Juan Evangelista González (1785-1875) y Lucas Baralt (1781-1841), entre otros republicanos; la de 1812, aupada por blancos y negros, reunidos bajo el escudo de La Escuela de Cristo, fue descubierta entre los días 13 y 14 de marzo de ese año de 1812; la de 1814, contra el Jefe Militar de Maracaibo, Ramón Correa (1770-1821); la de blancos y pardos, en 1817, capitaneada por José Antonio Finol, Juan Nucete y José Antonio Almarza (1780-1837); por último, el pronunciamiento del 28 de enero de 1821, que incorporó en forma definitiva a Maracaibo y al Zulia a la lucha por la Independencia y trajo como consecuencia la ruptura del Armisticio firmado en noviembre de 1820.

EL DESCONCIERTO EN EL SIGLO XVIII

El desconcierto es general

El siglo XVIII fue fecundo en movimientos, llámense motines o sublevaciones, que fueron conformando la mentalidad de los criollos y preparándolos para la decisión final. Las rebeliones de Andresote y de Juan Francisco León contra la Compañía Guipuzcoana, a que también se enfrentó el pueblo todo de San Felipe el Fuerte, en enero de 1741, y el de El Tocuyo, en 1744, resistiéndose a efectuar una marcha hacia Puerto Cabello, donde estaban las factorías de la Guipuzcoana, son ejemplos de movimientos en los que se han observado atisbos de sentimiento nacionalista.

El de los comuneros de Mérida, en 1781, fue también un movimiento de profundas raíces populares, que se extendió a todos los Andes, contra la injusticia de algunos impuestos. En ese mismo año de 1781 estalló en los Llanos una famosa revuelta, al tiempo que en las costas corianas los Caquetíos pasan de pacíficos a conspiradores.

EL PRIMER GOLPE DE ESTADO

22 de Setiembre de 1714

La Capitanía General de Venezuela tuvo un Gobernador vicioso, corrupto mal entretenido, contrabandista, jugador de gallos y entusiasta de las carreras de gatos. Este señor con tales títulos se llamó José de Cañas y Merino, primera autoridad de la Provincia desde el 6 de julio de 1711 hasta el 22 de setiembre de 1714, fecha en que se le dio lo que podemos llamar hoy día un virtual golpe de Estado, se le metió en la cárcel y se le remitió a España.

Se explica que el tal sujeto había sido nombrado Gobernador porque favoreció a la Corona española con 10.000 pesos, y por una vida activa en lo militar allá donde nació, en África. Lo que asombra es ver cómo

este hombre haya sido gobernador por espacio de más de tres años, teniéndose de él , desde el principio de su gobierno, informes tan negativos. Con excepciones muy contadas, puede decirse que toda la Provincia, especialmente Caracas, estaba contra el Gobernador Cañas y Merino, incluyendo el piadoso Obispo, a quien le hizo la vida imposible.

Señala el historiador Luís Alberto Sucre que Cañas traía las costumbres semibárbaras adquiridas en su África nativa y que seleccionó como asesores a los más corrompidos de Caracas. Y agrega: “Aficionado a diversiones extravagantes, estableció en las afueras de la ciudad carreras de gatos, a los que martirizaba amarrándoles del rabo cacerolas de metal, y él y sus amigos los perseguían a caballo arreándolos a latigazos hasta matarlos. Otras veces enterraba pollos, dejándoles afuera las cabezas, las que cortaban pasando en un caballo a todo escape. Daba premios a los que mataban más gatos y cortaban más cabezas de pollo”.

La crueldad del Gobernador Cañas y Merino rayaba en la locura. No tenía consideración para con nadie cuando había de satisfacerse. Pero lo que más odiaba la sociedad caraqueña de entonces, era la insaciable voracidad del Gobernador, mediante la cual hacía víctima a las jóvenes doncellas, violándolas, después de someterlas a despiadadas torturas. Hasta a las mujeres casadas atormentaba, mientras hacía refugio a los maridos en la iglesia.

Combatió implacablemente el contrabando, para ser el único contrabandista. Hasta que la gente honesta de Caracas logró, por intermedio del Cabildo, informar sobre la insólita conducta del Gobernador a la Audiencia de Santo Domingo y al propio Rey. Este oyó los clamores y sin más ordenó la prisión del disoluto Gobernador; el 22 de setiembre de 1714 lo apresó el Oidor de Santo Domingo y estuvo en la cárcel hasta enero de 1715, cuando fue remitido a España. Se le condenó a muerte, pero el nacimiento de Carlos III fue motivo de un indulto y

Cañas se salvó. De todos modos, murió destruido moral y físicamente, el mismo año en que lo iban a ejecutar, en 1715.

JUAN FRANCISCO LEÓN Y EL PRIMER 19 DE ABRIL

Esta mísera provincia no tiene quien la defienda

Juan Francisco León había nacido en la Isla del Hierro, Canarias, en 1692. Fundó la villa de Panaquire, en Barlovento, donde se aplicó a la agricultura, especialmente al cultivo del cacao, con dedicación de modesto hacendado. Compartía estas labores con las de Teniente de Justicia de Panaquire, por derecho de fundador poblador. El 2 de abril de 1749 se le presentó don Martín de Echeverría, un vasco con la noticia de que estaba destituido y era su reemplazante.

Indignado por tamaña injusticia, se dirigió al Gobernador Luís Francisco Castellanos, pero éste no le prestó importancia, por lo que los habitantes de Panaquire, solidarizándose con León, rechazaron la destitución de éste y desde luego el nombramiento de Echeverría, que no era otra cosa que la imposición del factor principal de la Compañía Guipuzcoana, Juan Manuel de Goyzuela, hombre que manejaba a su antojo la política venezolana, quitaba y ponía gobernadores y demás funcionarios. En el caso de Juan Francisco León, lo único que privó para sustituirlo fue el capricho de Goyzuela para poner en su lugar a su paisano Echeverría.

Este capricho le costó caro a la Guipuzcoana, pues como consecuencia, se amotinó el pueblo y decidió la marcha sobre Caracas, con el propio Juan Francisco León a la cabeza, originándose un verdadero movimiento de masas de interesante repercusión. La gente de Caucagua, Guatire, Guarenas, El Guapo y otras comarcas que encontraron a su paso se le fue sumando hasta el punto de congregar una manifestación de más de 800 hombres entre esclavos, indios y canarios.

Al frente de este ejército popular llegó León el 19 de abril de 1749 a Chacao, es decir, a las puertas de la capital. Desde allí le escribió al Gobernador en términos de inequívoca firmeza, sin ocultar el propósito de la acción: "El intento directo es solamente la destrucción total de la Compañía Guipuzcoana...". Está claro que no se trata de un movimiento político, ni contra las autoridades ni contra el Rey, sino con miras a que "en toda la provincia no ha de quedar de esta raza (vizcaína) persona alguna".

El clamor de la protesta, que imaginamos con todo el calor, la chispa y el contagioso entusiasmo del negro, el criollo y el canario juntos, llegó hasta las alturas del poder. En cuenta las autoridades, justificadamente alarmadas, envían parlamentarios del Cabildo para que traten de contener a León y no siga hasta Caracas. Pero la multitud enardecida sólo escucha a su líder, y a las cuatro de la tarde del día 20 de abril están entrando a Caracas al son de tambores de guerra y con banderas encarnadas. No podían olvidar León y sus seguidores que el vasco Goyzuela había ordenado, tal cual Gobernador, que llevaran al Teniente Justicia atado al rabo de una mula hasta Caracas, por haberse negado a entregarle el cargo a Echevarría.

En ese mismo Cabildo, donde León se presenta puro y limpio, el líder insurrecto estremece la sensibilidad de los criollos, enciende una mínima chispa de nacionalismo cuando estalla, dolido, en una frase dramática: "Esta mísera provincia no tiene voz ni quien la defienda, sino los más pobres labradores que se han empeñado en esto". Los señores empeculados del Ayuntamiento habrán sentido el aguijón en sus fibras más íntimas, y años más tarde convertirán aquel reto en acción libertadora.

Este León resultó un cordero

Pero ya en Caracas, Juan Francisco León enseñó los dientes, más no pasó de eso. Llegó a la Plaza Mayor y ordenó rodear la casa del Gobernador con gente armada, y al resto lo mandó a apostarse en la Plaza

Candelaria, siempre canaria, y donde León tenía su casa. Iban y venían emisarios del Cabildo, donde algunos concejales apoyaban la revuelta, y es más, desde tiempo atrás habían azuzado a León para que manifestara contra la Guipuzcoana. La aristocracia caraqueña no soportaba más a los vascos, estaba harta de sus presiones para con todo el mundo. Esos aristócratas terratenientes apoyarán a los invasores hasta que lo crean conveniente y les ofrecerán alimentos mientras dure su permanencia en Caracas, aunque no deja de preocuparles que tengan abandonadas tanto tiempo las haciendas, donde la mano de obra negra es imprescindible.

Faltóle a Juan Francisco la garra del león; le faltó el coraje del caudillo, la arremetida, el empuje agresivo que implica toda revolución, toda demanda. Su fe en la ley y en la justicia lo perdió. En lugar de exigir, como estaba en condiciones de hacerlo por la superioridad numérica de los hombres que lo acompañaban, llegó inclinando la cabeza respetuosamente ante las autoridades y protestando la fidelidad al Rey. León convertido en cordero. No supo aprovechar la cobardía manifiesta del Gobernador Castellanos, que tras entretener con falsas promesas a León para que no rugiera, huyó disfrazado de monje en la madrugada del 4 de mayo, hacia La Guaira, y allí instaló su Gobierno.

La esclavitud ha montado su capital en Caracas. La negrada amenaza, consume días y alimentos, en espera de la palabra de León. Pero éste sigue conciliando, sigue confiando en la palabra engañosa del Gobernador, que no sabe qué hacer. El Cabildo califica al Primer Mandatario de "delincuente", por haber escapado en forma bochornosa. Entre tanto, la masa común, los caraqueños, muestran su simpatía por la causa de Panaquire. No olvidemos que el propio León se presenta como el representante de la nobleza y de la plebe. Es decir, de todo el mundo.

"Su espíritu andaba en caballo blanco"

Todo pues, estaba a favor del movimiento: nobleza y plebe; el halago y auxilio económico de los terratenientes y la simpatía del pueblo

caraqueño. Los meses, sin embargo, transcurrían sin que se solucionase el problema. Para colmo, para completar el cuadro, los negros esclavos del centro de la provincia se habían sublevado, en la ingenua creencia de que el Rey acababa de dictar una Cédula mediante la cual decretaba la libertad de los esclavos y que las autoridades de Venezuela la tenían escondida. ¡Vaya inocencia!

También era favorable el recuerdo de la rebelión de Andresote, que flotaba en el ambiente. El 26 de junio (1749) ahorcaron al negro Manuel Espinoza, cabeza de los esclavos alzados. Pero esto daba nuevos bríos a los negros de Juan Francisco León, que también empezaron a creer en la existencia de la tal Real Cédula. Para ellos, Blas Landaeta había sido el portador del documento liberador, por eso, a la muerte de Landaeta decían que "su espíritu andaba en un caballo blanco, y que en él había ido a España y vuelto con la cédula de libertad...".

Con los piratas, ni a misa

Desde su refugio en La Guaira, Castellanos sigue sin cumplir lo ofrecido a León. Éste se ha retirado con su gente a sus dominios barloventenos, lo que es visto por el Gobernador como un enfriamiento de los promotores de la revuelta. Pero no era así. Convencido de que Castellanos se burlaba de ellos, Juan Francisco arremete nuevamente contra la capital, pero esta vez con más de ocho mil hombres, lo que nos da una idea de la popularidad del movimiento y del intenso odio que se le prodigaba a la Guipuzcoana. El 1º de agosto está en Caracas, y con ellos se dirige León hasta La Guaira en busca del Gobernador, y éste, ante la imponente demostración de poder popular, vio como única tabla de salvación el hacer salir de Macuto y Puerto Cabello a los funcionarios de la Compañía, ya que León insistía en la expulsión de los vascos.

Los guipuzcoanos, en efecto, se embarcaron con gran aparato para hacer ver que se cumplían los deseos de León, en tanto que éste se retiraba nuevamente a sus labores el día 7. Pero lo que no sabía el líder de

Panaquire es que Castellanos lo volvía a engañar. Los vascos estuvieron seis semanas paseando por nuestras costas, en una especie de plácido crucero, y luego regresaron a Borburata.

Un gesto de nobleza y lealtad, muy digno de Juan Francisco León, se produce en estos días, cuando el pirata inglés Ian Burr, queriendo pescar en río revuelto, ofrece a León, el 2 de octubre de 1749, desde la fragata El Aspa, que ancló prudentemente en el río Unare, "favorecer las estrecheces y esclavitud que tiránicamente tiene la nación a todos los vasallos de esa provincia", y además, le ofrece contribuir con 300.000 pesos y costearle una tropa de 3.500 hombres para su movimiento, si acepta obedecer de ahora en adelante al Rey de Inglaterra.

Semejante proposición del pirata Burr la toma Juan Francisco León como "cosa repugnante a la aceptación de todo leal vasallo de nuestro Rey (que Dios guarde)", y acto seguido se presentó con el papelito de Burr ante el Teniente General Domingo Aguirre y Castillo, mostrándole su indignación por lo que consideraba una blasfemia. Evidentemente, León no quería nada con piratas, y mucho menos ingleses, enemigos de España, por más tentadora que pareciera la oferta bélica para sus fines.

La casa arrasada y sembrada de sal

En noviembre de ese mismo año de 1749 llega el nuevo Gobernador, Julián de Arriaga, para sustituir al miedoso Castellanos. Arriaga toma posesión y enseguida se ocupa del problema planteado por Juan Francisco León. Su tono es el de un pacificador. Sabe perfectamente que con violencia no solucionará nada. Como buen político, ha olfateado que todo el pueblo está a favor del movimiento que repudia a la Compañía y por eso actúa con moderación, a pesar de que traía un bien formado ejército de mil quinientos veteranos y un piquete de caballería.

Prudente el hombre, llegó haciendo paces y Juan Francisco León se acogió al indulto ofrecido por el nuevo Gobernador. No habría castigo

para nadie. Pero el León de Panaquire, pese al espíritu de conciliación existente, no renunció a la pelea por el objetivo fundamental, la expulsión de los guipuzcoanos. En procura de esto, esboza su programa de política económica, que puede resumirse en estos puntos:

- * Fluctuación de precios de acuerdo con la oferta y la demanda.
- * Libertad para transportar el cacao desde los campos de producción hasta cualquiera de los puertos, y para venderlo al mejor postor.
- * Eliminación del intermediario.
- * Eliminación del impuesto de un peso por cada carga de cacao conducida desde tierra adentro.
- * Libertad de navegación.
- * Libertad de comercio. Que cada quien "libremente compre o venda lo que quisiere, pues el comercio es libre y sólo tiene fuerza de obligación después de celebrado con libertad de contrato".
- * Que no se restrinja más el tabaco.
- * Que se impida la saca del aguardiente de caña.
- * Que se permita la entrada libre y legal de todo tipo de mercancía necesaria, como medio de evitar el contrabando, ya que la Guipuzcoana no había cumplido con la obligación de surtir debidamente a la Provincia, y además, ella misma practicaba el contrabando.
- * Indemnización de daños causados por la Compañía.

De la paz fabricada por Arriaga se pasó a la violencia armada, cuando el Gobernador prudente fue ascendido al cargo de Ministro de Marina y de Indias en España y llegó a reemplazarlo el brigadier Felipe Ricardos.

Los documentos parecen hablar de que todo esto lo fraguó la propia Compañía en vista de que Arriaga no se prestaba a los manejos y a los caprichos de la Guipuzcoana. A ésta, por ejemplo, no le gustó lo del indulto dado a León y a su gente y recomendó a Felipe Ricardos.

Éste llegó por la goma, con el brazo caliente, armado y en plan de pelea, dispuesto a lo que fuese necesario para ahogar las pretensiones de León y entregarse en manos de la Guipuzcoana, como lo habían hecho todos, menos Arriaga. Ricardos aplicó medidas crueles y brutales, desconociendo hasta el indulto concedido por su antecesor. Esto irritó en extremo a Juan Francisco León, quien decidió por primera vez irse a las armas y hacerle frente al Gobernador, esta vez apoyado también por movimientos similares en casi toda la Provincia.

Se le hizo cuesta arriba a León esta aventura, que ahora emprendía sin el respaldo de los terratenientes de la capital, que lo abandonaron; y no pudiendo combatir contra un ejército veterano, ni contra el régimen de terror impuesto por Ricardos, dispersó su gente y se dedicó a huir por los montes, ríos y sabanas, durante seis meses, hasta que cansado y hostigado por el gobierno, tuvo que rendirse. El 9 de febrero de 1752 prestó declaración y fue remitido preso a España, junto con su hijo Nicolás. El precio de la libertad sería la participación obligada en las campañas militares de España en sus colonias africanas.

La casa de Juan Francisco León, ubicada frente a la Iglesia de La Candelaria, fue destruida y sembrada de sal. El decreto del Gobernador Ricardos, del 5 de febrero de 1752, dice de esta manera: "...mandaría y mando que inmediatamente sean derribadas, arruinadas y destruidas las citadas casas que fueron de don Juan Francisco de León y que todo el suelo de ellas sea regado y sembrado de sal, poniéndose en el territorio que correspondiere la pared que cae a dicha plaza, de modo que pueda de todos ser vista, una columna de piedra o ladrillo de altura regular y en ella una tarjeta de metal con inscripción en que se diga ser aquella

justicia mandada hacer por S. E. en nombre del Rey Nuestro Señor, por haber sido el amo de aquella casa dicho Juan Francisco de León, pertinaz y rebelde a la Real Corona de nuestro Soberano y que por ello se hizo reo de que derribasen las casas, se le sembrase de sal y pusiese este epígrafe para perpetua memoria de su infamia.

La palabra Patria, el Señor de Capaya y la República

Por ironía del destino, el viaje de Juan Francisco y su hijo Nicolás, el 2 de marzo de 1752, se hizo a bordo de la fragata "Santa Bárbara", propiedad de la Guipuzcoana. Iban con destino a Cádiz. Luego se les ofreció la libertad a cambio de guerrear en África, pero el frustrado caudillo de la primera de nuestras grandes revueltas, el León de Panaquire, murió en el Hospital Real de Cádiz, el 2 de agosto de 1752.

Su hijo Nicolás, en cambio, sí tuvo que pelear a favor del Rey en Orán, África. ¿Quién era este "mozo lleno de cara no muy blanco y de estatura regular"? Se llamaba Nicolás Cristóbal de León, hijo primogénito de Juan Francisco y su esposa Lucía García. Era caraqueño, nacido en 1720. Una declaración del ex gobernador Arriaga, hecha en 1760 cuando Nicolás solicitó el perdón real, manifestaba "que era rumor común el haber sido su hijo quién más excitó al anciano padre". De anciano no tenía nada Juan Francisco, con apenas 57 años a cuestas. Pero lo que si es notable de este informe es la conclusión que puedo sacar, es decir, Nicolás, siendo caraqueño, entrañaba ya un sentimiento verdaderamente nacionalista que, por lo demás, se ve también en su padre al establecer la diferencia entre nativos y extraños.

Más aún: el 17 de agosto, en pleno desarrollo de la revuelta, Nicolás escribe a uno de los comprometidos: "Pues ya ve Vuestra Merced que nos toca la obligación de defender nuestra patria, porque si no la defendemos seremos esclavos de todos ellos". ¡Aparece la palabra patria! Y más de uno ha sostenido que aquí "la palabra patria tiene un sentido distinto del que adquiere en boca de los conspiradores de 1797

y de los promotores del movimiento político de 1810. Nicolás se siente obligado a defender la patria para no ser esclavo de los vizcaínos, a quienes se refiere. Nicolás y los demás canarios creen que han sido entregados a la Guipuzcoana y que ésta los oprime y los reduce, con su vigilancia y trato comercial, a la miserable condición de parias; pero no se pronuncian contra el Rey, a quien se muestran sumisos y cuyas autoridades respetan, revelan apetencia de poder".

Eso está bien. Y así fue. Y yo me pregunto ¿no fue así también en 1810, cuando los patricios que dieron el golpe de Estado mantuvieron la pantalla de conservadores de los derechos del Rey Fernando VII? ¿Y quién nos dice que el caraqueño Nicolás de León no era pura pantalla en eso de la sumisión al rey, encubriendo con ello la intención verdadera de salvar a la patria, en el más amplio sentido de la palabra?

Lo cierto es que Nicolás de León estuvo veinte años al servicio del ejército real. Su "fidelidad" al rey le dio la oportunidad de regresar a Venezuela, en julio de 1773. Fue nuevamente a España, donde se casó con Catalina Martínez el 5 de junio de 1774. En diciembre de este mismo año tornó a su país y dos años más tarde, en 1776, fundó la población de El Guapo, de la que fue Teniente Justicia Mayor. Murió en Caracas el 8 de mayo de 1790, con el título de Señor de Capaya.

La República que se declaró independiente el 5 de julio de 1811, tuvo como uno de sus primeros actos la demolición de la ignominiosa columna que se había levantado en la casa arrasada de León.

El Diputado Director de Obras Públicas, don Rodulfo Vasallo, quien fue el que hizo la solicitud de la demolición, informa al Ejecutivo que "ayer 30 de septiembre de 1811, a las cinco de la tarde, procedió a derribar dicha columna, acompañado de los alarifes de la ciudad, de una escolta de veinte soldados con su Oficial y tambor batiente del Cuartel de Morenos con seis presidiarios; a que concurrió inmenso pueblo, que fue espectador de la honra que se le ha devuelto a la memoria del

magnánimo Juan Francisco de León y sus dignos descendientes, vitoreando nuestra Independencia, la Patria y el Gobierno al tiempo que yo di los tres primeros barrazos en el ignominioso poste...". Los desechos fueron echados al río Anauco, "donde se sepultaron con nuevos vivas y aclamaciones, todo con mucho orden".

LA CONSPIRACIÓN DE PIRELA

Por tener características especiales, mencionamos aparte la conspiración de los pardos, al mando del subteniente maracucho Francisco Javier Pirela (c.1770-d.1821), en contacto con oficiales franceses e ingleses, que le ofrecieron armas, dinero y el apoyo logístico desde los buques El Bruto, La Patrulla y La Arlequín, surtos en el puerto de Maracaibo. Ha sido considerada “una sublevación contra el régimen español para establecer la república”, y además, “una ramificación de la conspiración de Gual y España”.

En realidad, nada tenían en común las conspiraciones de Gual y España y la de Pirela, ya que la de éste se basó en el jacobinismo haitiano, incendiario y destructor, y fue más bien un acto de piratería que un movimiento patriótico; en cambio, la de los guaireños se inspiró en principios verdaderamente republicanos, como se verá más adelante.

Pirela actuó con el auxilio del negro José Francisco Suárez, empleado del vicario de la parroquia, y de los hermanos Juan Gaspar y Agustín Bocé, corsarios de los buques ya mencionados. De acuerdo con el expediente enviado al Rey por el Consejo de Indias, Pirela, a la cabeza de 200 pardos de su milicia, en la noche del 19 de mayo tenían que “embestir la ciudad, saquearla, matar a los blancos y ricos, echar por tierra el gobierno español y establecer la República...”, utilizando como santo y seña la palabra “Antillen”.

El mismo Pirela, quizás arrepentido, delató su propia conspiración tres horas antes, a las 9 de la noche del 19 de mayo de 1799. Gracias a su confesión, que puso en conocimiento de todo al Gobernador de Maracaibo, Juan Ignacio Armada, marqués de Santa Cruz (1757-¿?), en lugar de condenársele a muerte, como se dispuso al principio, le sentenciaron a diez años de cárcel en el Castillo El Morro de La Habana. A los capitanes y al resto de la tripulación, todos comprometidos, se les castigó con severas penas.

JOSÉ LEONARDO CHIRINO

“La Ley de los Franceses”

El negro brujo Cocofío prendió la mecha unos años antes, en 1770, cuando daba voces de campo en campo celebrando la Real Cédula que otorgaba libertad a los esclavos. Tal Cédula no existía sino en la imaginación de los negros, sobre todo en la del brujo Cocofío, que logró contagiar su entusiasmo a los demás negros y encauzarlos, peligrosamente, hacia la lucha por hacer que las autoridades españolas cumplieran con la supuesta orden del Rey, porque ellos decían que el documento lo tenían escondido los blancos.

Se había formado todo un clima de tensión por la explotación personal de indios y negros que querían su libertad, por los impuestos y tributos a que estaban obligados, y últimamente por la forma indigna de cobrarlos; por todo lo cual estalló finalmente la crisis y con ella la rebelión de los negros de la Serranía de Coro, estimulados, además, por las noticias que recibían de la Revolución Francesa y sus consecuencias en Haití, de donde provenían no pocos de los negros cimarrones que se afincaron en Coro.

José Leonardo Chirino (?-1796), zambo hijo de negro esclavo e india libre, fue el protagonista de esta insurrección de 1795, de gran significación para las clases desposeídas de la Venezuela provincial, por su contenido social, político y de reivindicaciones económicas.

Esto decía Chirino para justificar su rebelión: “Allá, hacia Curimagua hay muchos alcabaleros; y si uno va a comprar una reseca a Baragua, u otra parte, paga la alcabala allá, y en cuanto pasa por el pueblo de San Luís, aunque no venda en él la res, se la aforan y vuelve a pagar la misma alcabala; y luego trae la reseca a Curimagua y la vende por panelas, porque allí no hay dinero y baja con las panelas a Coro, y cuando llega a Caujarao le quitan una prenda y le dan una papeleta y ha de traer otra

de la administración, y si no la trae en aquel día, porque tal vez no pudo vender o se dilató por otro motivo que no pudo venir, el alcablero de Caujarao vende la prenda o se queda con ella aunque valga más que la alcabala”.

José Leonardo trabajaba como labriego a las órdenes del terrateniente José Tellería, en Curimagua. En más de una ocasión le acompañó a Haití en viajes de negocios. En esta isla el zambo Chirino observó personalmente el cambio que se venía produciendo en el orden social desde 1791, en virtud de la revolución independentista iniciada por el líder negro Toussaint L'Ouverture y completada luego de la muerte de éste por Jean Jacques Dessalines, tan apasionado y fogoso que condujo la guerra al último extremo de la destrucción, bajo el signo del exterminio de todos los blancos.

Este va a ser el mismo estilo de Chirino, al menos así consta en los principios de su rebelión, y así comenzó la ejecución de sus planes. Tratábase de imponer el jacobinismo haitiano, inspirado, a su vez, en el jacobinismo francés. No era por casualidad que José Leonardo proclamara lo que él llamó la ley de los franceses, que no era otra cosa que la puesta en marcha de los principios republicanos de la revolución francesa, pero desde la óptica haitiana.

Si la insurrección de Chirino hubiera tomado cuerpo, Venezuela habría sido, muy probablemente, escenario de los mismos episodios de la isla antillana, donde la negrada acabó con la población blanca. Ha de tomarse en cuenta que en el país existían para esa fecha, finales del siglo XVIII, más de 140.000 negros, entre esclavos, cimarrones y manumisos; unos 160.000 indígenas, de los cuales 75.564 pagaban tributos; añádanse a éstos los 407.000 pardos, que a buen seguro habrían abrazado la causa de los negros, y hasta la habrían liderado y capitalizado a su favor. Frente a esta población de un origen más o menos común, que bien podría hermanarse en la desgracia, estaban en aplastada minoría

los 12.000 blancos españoles, apenas el 1,3% de la población total de Venezuela, así como los 172.727 blancos criollos cuyo partido no nos atrevemos a señalar, porque sería especular demasiado, ya que caben perfectamente las dos conjeturas.

En Coro también eran mayoría las gentes de color. De una población total de 27.261 habitantes, 12.000 eran pardos y negros libres, 8.000 indígenas y 3.261 esclavos negros. Sólo había 4.000 blancos, entre criollos y europeos.

“A ver si se acaban estos tributos que nos matan...”

La primera habilidad de José Leonardo fue valerse de la popularidad del caudillo de los negros loangos, José Caridad González. Utilizó el nombre de éste diciendo que le apoyaba, para ganarse la simpatía de los de su clase. Y junto con sus amigos Cristóbal Acosta y Juan Bernardo Chiquito, también negros, agudizó el plan para la proclamación de la ley de los franceses.

El 10 de mayo de 1795, día domingo, los conspiradores se juntaron para un baile en la hacienda Macanillas, en Curimagua. La fiesta fue el pretexto para congregarse a los comprometidos y dar el grito de guerra. Ya entrada la noche, y estimulados por el aguardiente, se trasladaron a la hacienda “El Socorro”, donde proclamaron la igualdad y la libertad de los esclavos: “Negros y blancos son iguales. Desde hoy no habrá más esclavitud, no habrá más tributos ni más pago de alcabala en toda la Provincia”. En estos principios sustentaba Chirino la revolución.

La conspiración contaba, además, con los esclavos y negros libres de las haciendas Varón, Caribe, Naranjal, Santa Lucía, Consumidero y Guadalupe, más los pueblos de la Sierra. Desde la hacienda “El Socorro”, su cuartel general, luego de haber dado muerte allí al hacendado mexicano José Nicolás Martínez, pasaron a otras haciendas, siempre bajo el mismo signo de destrucción y muerte, fuertemente inspirados en los procedimientos de

sus hermanos de raza en Haití. En Curimagua asesinaron a José Tellería, patrón de Chirino, y arrasaron la casa.

Resueltos a llegar hasta Coro y tomar la ciudad, los fieles de José Leonardo, que sumaban 200 hombres capitaneados por Juan Cristóbal Acosta, avanzaron el 11 de mayo, a las tres de la tarde, hacia Caujarao, donde llegaron a las doce de la noche. Allí se detuvieron a esperar al caudillo.

En cuenta ya las autoridades corianas del avance de los amotinados, y en conocimiento de su precaria organización y escasez de armas, atacaron con tanto poder a los sorprendidos negros, que 25 de éstos murieron y 24 quedaron heridos. Tan inesperado fue el ataque, que Chirino no llegó a tiempo para unirse a los suyos.

Ante esta derrota, José Leonardo no se rinde. Trata de reorganizarse. Escribe al cacique y a los indios de Pecaya, pidiéndoles incorporación a la lucha y prometiéndoles que no pagarán demora, esto es, un tributo especial de los indígenas y que ahora se los cobraban en dinero efectivo. En la carta a los indios dice Chirino:

“Muy señores míos, hallándome en este empeño de ver si se acaban estos pechos (tributos) que nos matan, propongo a ustedes la gente que me puedan dar para ir a hacer una demanda buena a Coro, a ver si lo cogemos para tener un buen alivio. Con eso no pagarán demora, y es cuanto se ofrece por ahora rogar a Dios me los guarde muchos años...”.

Sin embargo, la suerte estaba echada. La persecución que desató el Teniente de Justicia, Ramírez Valderrain tuvo todas las características de una cacería humana. Hizo apresar y hasta ahorcar a simples sospechosos y torturaba a los campesinos para obligarles a informar sobre el paradero de Chirino. Éste, hostigado y abandonado de todos por el terror decretado, estuvo vagando por la serranía casi dos meses, hasta que fue delatado en agosto y cayó en manos de la justicia. Lo remitieron preso a Coro, en cuya cárcel fue torturado brutalmente. En noviembre

lo trasladaron a Caracas, donde la Real Audiencia lo sentenció, el 10 de diciembre de 1796, “a muerte de horca que se ejecutará en la plaza principal de esta capital a donde será arrastrado desde la Cárcel Real y verificada la muerte, se le cortará la cabeza y las manos y se pondrá aquella en una jaula de fierro sobre un palo de veinte pies de largo en el camino que sale de esta misma ciudad para Coro y para los Valles de Aragua, y las manos serán remitidas a esa misma ciudad de Coro para que una de ellas se clave en un palo de la propia altura, y se fije en las inmediaciones de la Aduana llamada de Caujarao, camino de Curimagua, y la otra en los propios términos en la altura de la sierra donde fue muerto D. Josef Tellería ...”.

Hasta el loango José Caridad González, que no tenía nada que ver con el asunto, fue asesinado a lanzazos cuando se presentó a las autoridades para ofrecer sus servicios.

¿Y la suerte de los vencidos? — se pregunta Federico Brito Figueroa. “Nada es más triste que la suerte de los derrotados en una sublevación o insurrección de los esclavos contra los amos. De los cien negros tomados prisioneros en el campo de batalla, 86 fueron fusilados sin fórmula de juicio; siete fueron degollados el mismo doce de mayo y nueve el siguiente día; el 18 de mayo treinticinco esclavos, “muertos a golpe de pistola”, pagaron con la vida el derecho de ser libres; el 23, Mariano Ramírez Valderrain, en un proceso en el que actuaba como juez y parte sentenció a morir degollados a veintiún negros capturados en la Sierra, entre los cuales figuraban Chiquito y otros organizadores de la fracasada sublevación; el siete de junio, el Justicia Mayor ordenó “decapitar a golpe de cuchillo” a tres negros y un mulato libre. En aquella misma fecha tres mujeres sufrieron la pena de azotes y pública vergüenza. Y a los pocos días el mismo Teniente de Justicia informaba a la Real Audiencia: “he degollado a nueve, sin más proceso que la voz porque así ha convenido”.

Conclusión

La sublevación de José Leonardo se hizo a espaldas de la clase dirigente, de la aristocracia coriana, una de las más elitescas de la colonia y formada por apenas ocho familias de blancos que concentraban la riqueza de la región. Como se ha visto, si la nobleza criolla intentaba la independencia política (no precisamente en Coro), sería en todo caso sin la participación del pueblo, de las clases que consideraban miserables. Esta es una de las causas del fracaso de Chirino.

Ahora bien: ¿tenía José Leonardo un programa básico de ideología política? Sabemos de sus intenciones de orden social y económico, pero en cuanto a lo político no basta que haya proclamado la ley de los franceses aspirando instaurar un régimen republicano, porque se ignora hasta qué punto José Leonardo estaba preparado para lograr tal cambio.

Este movimiento de Chirino, si bien no fue estéril porque a la postre se redujeron los impuestos y se cobraron con sentido más humano, no lo consideramos con fines propiamente independentistas, como sí lo tuvieron, por ejemplo los de Gual y España, Miranda, Bolívar, etc. Se requería de una formación intelectual apropiada, de una amplitud de ideas que fuera más allá de la sola guerra étnica o de bienestar económico. En este sentido creemos que Chirino y su gente apuntaban sólo al propósito de destruir a los blancos, sustituirlos en el manejo de las propiedades y lo que les era más importante, quitarse de encima los pesados impuestos de la administración colonial.

En todo caso, la sublevación de los negros de Coro pudo haber influido en Gual y España en cuanto a que éstos, con un plan ideológico bien definido, pensaron en la liberación de los esclavos, en la redención de pardos e indios, representándolos a todos, junto con los blancos, en la bandera que diseñaron para su revolución. En la fantasía que en la cárcel escribe Picornell, recordando a Chirino, se deja ver esta influencia.

Pero Gual y España, inspirados en Picornell, estuvieron muy lejos de aprobar o seguir los procedimientos de terror y destrucción, tal como aparece señalado en las Ordenanzas, que veremos luego. Miranda tampoco habría justificado a Chirino, si nos atenemos a lo que escribió en 1798: “Dios nos libre de principios jacobinos como de la peste”.

La insurrección de José Leonardo Chirino fue la que ideó la primera bandera venezolana. Se ha tomado en cuenta la acción de este luchador social, a tal punto que el 10 de mayo de 1995, Bicentenario de la insurrección, se develó una placa alusiva en el Panteón Nacional.

LA CONSPIRACIÓN DE GUAL Y ESPAÑA

Actuación protagónica del español Mariano Picornell

“O es un santo o es un demonio”

El movimiento de Manuel Gual (1759-1800) y José María España (1761-1799), sí es propiamente independentista; es una conspiración hecha con todas las de la ley, en su forma y en su esencia democráticas, con participación de todas las clases de la sociedad colonial. En suma, es el mejor organizado de cuantos intentos revolucionarios se hicieron, el más serio antes del de Miranda y el primero que contó con raíces populares.

Tuvo su origen esta revolución en la que debía estallar en España el 3 de febrero de 1795, día de San Blas, bajo la responsabilidad de los eminentes republicanos Juan Bautista Mariano Picornell (1759-1825), Manuel Cortés de Campomanes (1775-1835), Sebastián Andrés y José Lax, todos españoles antimonárquicos, profesionales, notables hombres de letras, que junto con otros patriotas no menos importantes componían el Comité Revolucionario.

El alma de esta revolución era Picornell, natural de Mallorca, humanista, escritor, estudioso de Rousseau, admirador de la Revolución Francesa, educador por excelencia. Predicó en talleres, en fábricas, en escuelas, el sentido de una vida en democracia, que no conocían los españoles. Dedicó a escribir con devoción una amplia obra que es todo un catecismo político-filosófico profundo, pero al mismo tiempo sencillo para la fácil comprensión del pueblo.

Para dar el golpe contra la monarquía, Picornell y sus amigos empezaron a reunirse en secreto desde mediados de 1794. Y se animaban entre sí cantando La Carmañola, canción patriótica francesa. Recibieron el apoyo de masones, judíos de Cádiz y Toledo, militares y gente principal

de la Corte que ya estaba harta de la política de Carlos IV y del favorito de la Reina, Manuel Godoy (1767-1851).

Picornell y Sebastián Andrés se ocultaron en un barrio de Madrid, y con dos pistolas y un cuchillo iniciaron la que sería una de las conspiraciones más serias de España. Considerando que estaban ya maduros en su plan, después de una amplia campaña de proselitismo entre las clases bajas, se fijó el 3 de febrero de 1795 para la ejecución, mediante un fuego que se prendería en la Plazuela de Lavapiés, barrio de Madrid.

Desgraciadamente, la insurrección fue descubierta por la delación que hizo uno de los comprometidos y en horas de la madrugada del mismo día 3 las autoridades cayeron sobre los conjurados, abortando el plan. Tras un largo proceso se les condenó a muerte, pero la oportuna intervención del Conde de Perignon, por una parte, y la del sabio jurista Francisco Pérez de Lema, por la otra, hicieron que a los reos se les conmutara la pena por la de prisión en los presidios más distantes de América. Se escogió para ellos los Castillos de Portobelo, Puerto Cabello y Panamá.

Ya veremos cuál fue el destino final, pero antes es oportuno señalar que la recia personalidad de Picornell tuvo que impresionar a todos los que participaron en su juicio. El Fiscal de la causa exclamó en una de las sesiones: “El hombre que tenemos presente en esta audiencia o es un santo o es un demonio...”. El orador, el político, el educador, pero sobre todo el joven revolucionario, en la plenitud de sus 36 años, estaba dando en este momento el paso más trascendental de la prerrevolución hispanoamericana.

Chirino que está en el cielo...

Por fortuna, el barco La Golondrina, donde viajaba Picornell, debió hacer una escala forzosa en La Guaira el 3 de diciembre de 1796.

Mientras proseguía el viaje se ordenó el abovedamiento del condenado en este puerto.

En La Guaira había un fermento revolucionario que se acrecentaba con la presencia constante de marinos y oficiales franceses que no dejaban de hacer propaganda de su revolución. Entre los más fervientes devotos de los ideales republicanos se encontraban los guaireños José María España y Manuel Gual. El primero había nacido el 28 de febrero de 1761. Tenía 36 años y era Justicia Mayor de Macuto, cargo que combinaba con su condición de hacendado. Gual nació hacia 1759, era también hacendado y se había retirado del Ejército con el grado de Capitán, después de 30 años de servicio.

Desde su celda, Picornell hizo contacto con Gual y España, a través del sargento catalán José Rusiñol. Estableció allí una especie de cuartel general donde dictaba cátedra republicana. Creció enseguida el número de patriotas que cada día visitaban su celda, entusiasmados con su prédica y sus anhelos de libertad: Andrés Serrano, Narciso del Valle, José Manuel del Pino, Juan Moreno, el cura párroco Juan Agustín González, varios vascos como Martín de Goenaga, Juan J. Mendiri y Juan Javier de Arrambide, los comerciantes José Montesinos Rico (1761-d.1797), Vicente Estrada y Ana María Castro, el Barón de Condé, Patricio Ronán.

En recado de escribir, que le habían suministrado a Picornell dizque para enseñar escritura a los niños, el sabio mallorquín se dedicó a plasmar varios escritos destinados a inflamar el ánimo de los patriotas guaireños. Uno de ellos recordaba la insurrección de José Leonardo Chirino, mediante una fantasía que hacía aparecer el alma del zambo coriano al padre José María, mientras éste oraba. El mártir José Leonardo Chirino estaba en el cielo y revelaba al fraile que gracias a Dios todos los americanos podían ser libres si lo deseaban y luchaban contra la tiranía. Esta es la Exhortación de Nos Fray José María de la Concepción, del Orden de San Francisco.

En el Pozo de Quita Calzón

De esa estrecha relación de los patriotas guaireños con Picornell surgió la idea de favorecer la fuga de éste. Se previó que se efectuaría el 2 de abril de 1797 a las doce de la noche. El intento fracasó, pero siguieron otros intentos, que también fallaron.

De todos modos, el destino seguía favoreciendo al grupo revolucionario. Casi en caravana, y por diversas vías, se juntaron en La Guaira tres barcos en que venían los amigos de Picornell, en calidad de condenados. El sargento Rusiñol, encargado de conducirlos a prisión, recibió a José Lax, Manuel Cortés Campomanes y Sebastián Andrés, informándoles de cada uno de los pasos que se habían dado y de los planes que se tenían.

La fuga, ahora, sería colectiva. Mejor planificada, se llevó a cabo felizmente en la noche del 3 de junio. Salieron de la cárcel Picornell, Sebastián Andrés y Cortés Campomanes, ya que José Lax fue trasladado a Puerto Cabello. El escondite seleccionado fue el de las montañas de la Vigía de Chacón.

Para comprometer más a los conjurados, J. M. España los convocó a todos para que prestaran un juramento o pacto, el 7 de junio, en el Pozo de Quita Calzón. Allí, después de jurar, se acabó la Junta “abrazándose todos recíprocamente y tratándose de hermanos y compatriotas en prueba de que desde aquel punto daban principio al establecimiento de la libertad y de la igualdad”.

La revolución tiene bandera

Esa misma noche, al regresar de Quita Calzón, España los congregó en su casa, y bajo la presidencia de don Manuel Gual se celebró lo que el historiador Casto Fulgencio López (1893-1962) ha llamado con justicia la Primera Asamblea Patriótica de Venezuela. En esta reunión se fijó plazo de ocho meses para dar el golpe y se acordó nombrar Presidente

de la nueva República a Gual, al vasco Martín de Goenaga su segundo y a José María España, jefe de la organización.

Gual se dedicó por entero a su proyecto, y además de definir la ideología del movimiento, pensó también en las líneas de acción que habrían de seguirse.

La bandera, que es tan antigua como la historia de Egipto, tenía que estar también en los planes de Manuel Gual. Después de dos diseños se llegó a uno definitivo que exhibía cuatro franjas verticales en representación de las cuatro Provincias de Tierra Firme (Caracas, Maracaibo, Cumaná y Guayana); los cuatro derechos del hombre: igualdad, libertad, propiedad y seguridad; y “los cuatro colores de sus reunidos patriotas que son pardos, negros, blancos, indios”. Dichos colores era el amarillo, rojo, blanco y azul, dispuestos en ese mismo orden.

El diseño se completó con un sol radiante, “símbolo de la Patria y de la igualdad, que es la ley, que debe ser una para todos”, en la franja blanca, ángulo superior izquierdo. La otra franja horizontal, azul, llevaba cuatro estrellas blancas en representación de las provincias arriba señaladas. Este tosco dibujo que hizo Gual de la segunda bandera venezolana (la primera fue la de Chirino), fue perfeccionado y coloreado por el ingeniero vasco Miguel de Larruleta, según las indicaciones del propio Gual.

“Por la imprudencia de un necio”

Con bandera y todo, pues, avanzaba la revolución. Se dispuso que Picornell y Cortés de Campomanes salieran de las montañas de Chacón hacia Macuto, y de allí a Curazao, porque sus vidas corrían peligro, ya que se les buscaba ávidamente. Lax y Andrés estaban ya en manos del Gobierno. En un pequeño bote preparado al efecto escaparon hacia la isla antillana el 27 de junio de 1797, para continuar desde allí su lucha por la libertad.

Pero, inesperadamente, cuando todo marchaba viento en popa, el 13 de julio a las ocho de la noche el Gobernador se enteró de todo, “por la imprudencia de un necio”, que lo fue Manuel Montesinos Rico, quien se atrevió a comunicar a otras personas las intimidades del plan, sin las prevenciones del caso.

Ante el inminente peligro, José María España reunió en su casa a los conspiradores el 14 de julio, justamente día aniversario de la Revolución Francesa, y les pidió abrir esa misma noche los fuegos. Gual estaba en su hacienda de Santa Lucía, inocente de todo. Como no se produjo unanimidad en las decisiones de la Junta, España consideró cobarde y criminal la indecisión de algunos y amenazó con retirarse. El día 16, festividad de Nuestra Señora del Carmen, José María España en conocimiento de que habían apresado a varios conjurados, se manifestó más enérgico y señaló: “Yo los acompaño en la revolución, pero no en el calabozo, donde iremos a parar todos. Así les advierto que tengo listo el bote para trasladarme a Curazao, y estoy dispuesto a marcharme inmediatamente si no hacemos la revolución esta misma noche”.

No fue posible hacer nada esa noche. La persecución era implacable. Entretanto Gual, que ya estaba en cuenta de lo que ocurría, se trasladó a La Guaira, donde halló el mismo entusiasmo en Rusiñol, Cordero, Narciso y otros pocos, pero ya era muy tarde. No se sabía del paradero de España, que huía por los cerros con Arrambide. El cura González había “cantado”, lo mismo que don Patricio Ronán, segundo de Gual. La Real Audiencia ofrecía 10.000 pesos por Gual y 10.000 por José María España. Todo estaba perdido.

El 18 de julio se encontraron en Camurí Chico los dos líderes de la Revolución. Gual y España se embarcaron de inmediato hacia Curazao.

El espionaje a la carga

En las Antillas se continuaría la conspiración. Un verdadero revolucionario no se desalienta ante los fracasos. Picornell y Cortés de Campomanes

siguieron de Curazao hacia La Guadalupe, posesión francesa, donde los refugiados debían presentarse al Gobernador Víctor Hugues con una carta que firmaban Gual y Ronán, y una presentación digna del mejor de los republicanos.

En La Guadalupe, Picornell terminó de traducir los Derechos del Hombre y del Ciudadano, agregándole unas máximas republicanas y una explicación preliminar para hacer a las clases populares más digerible el texto. En el discurso que sirve de introducción, Picornell invoca a los “americanos de todos los estados, profesiones, colores, edades y sexos”. Era la guerra de la inteligencia, de la doctrina dirigida; tratábase de formar las conciencias mediante la prédica constante.

En Curazao también Gual y España recibieron la más esmerada atención de las autoridades inglesas y del Cónsul francés. Es bueno advertir que tanto a Inglaterra como a Francia les convenía desestabilizar el Gobierno español en América para monopolizar el comercio.

Allí se les juntó Picornell, en noviembre de 1797. Llevaba una imprenta, ejemplares de los Derechos del Hombre y numerosas copias de la Carmañola Americana, compuesta por su inseparable Cortés, que esta vez se quedó en La Guadalupe. Lo cierto y grato es que estaban otra vez reunidos, dispuestos a mantener la mecha prendida.

Intentaron invadir a Venezuela. Llegarían, desde luego, por Macuto y Naiguatá para levantar a los esclavos de las haciendas del litoral central, contando con el auxilio de las autoridades complacientes de Guadalupe y Curazao. A tales efectos, José María España viajó a verse con Cortés en Guadalupe y a hacer efectiva la ayuda ofrecida por Hugues. De esta isla se trasladaron a la de San Bartolomé para ultimar los detalles de la expedición. Ya estaba todo listo. Saldrían los invasores de la isla de San Bartolomé. Estamos ya en enero de 1798.

Paralelamente a las autoridades de los conjurados funcionaba el espionaje del gobierno venezolano. Los rebeldes eran seguidos en todos sus

pasos. Además, lo más grave, Hugues ya no tenía el mismo entusiasmo del año pasado y, por otra parte, Francia había hecho las paces con la nación española y esto obligaba al Gobernador de Guadalupe, si no a hostilizar con los patriotas venezolanos, al menos a ser neutral.

Descubiertos todos los planes por los espías de Manuel de Guevara Vasconcelos (¿1740?-1807), Gobernador de Venezuela, los patriotas se ven forzados a hacer un penoso periplo por las islas vecinas: Trinidad, Aruba, Martinica, Santo Domingo. Sin desmayar, deciden ahora salir de Trinidad, con la ayuda del Gobernador Thomas Picton, quien es el más interesado en destruir a España y a sus Gobiernos en las Provincias americanas.

“Señores, yo soy el reo”

José María España, que había recibido la noticia de la muerte de su pequeño hijo en Macuto, unía ahora este dolor a la desesperación de volver a la patria. Se fijó la meta de remover en La Guaira los sentimientos latentes y aun con la oposición de sus compañeros se embarcó rumbo al oriente. Como pudo, siguió hasta Macuto, donde desembarcó el 27 de enero de 1799. Se estaba metiendo en la boca del lobo.

Más que audaz, temerario, España saltó de escondite en escondite hasta su casa. Encerrado en esas horas que eran muertas para la acción, pero vivas para reflexionar, España se dedicó con ardor a escribir y a sacar copias de un Manifiesto que hizo circular entre varias personas comprometidas con él. Menuda sorpresa para los que supieron, entonces, que José María España existía y que mantenía el ideal encendido.

Pero una vez más llegó la delación, o la ingenuidad, en este caso, del esclavo Rafael España que, amedrentado, dio a conocer el paradero de su amo, quien le había pedido levantar a toda la esclavitud del litoral, empezando por la de sus haciendas.

Los días estaban contados para José María España. El Gobierno lo capturó el 28 de abril de 1799. Dramáticas fueron las escenas que dieron al traste con la libertad del mártir de La Guaira. Escondido en un nicho de su casa, ni sus hijos lo habían descubierto, ni la minuciosa inspección de la policía pudo olfatearlo.

Pero en la noche de ese día 28, resuelto a salir en busca de sus negros para apoyar la supuesta invasión desde Trinidad, saltó al techo de la casa, provocando un ruido que no escapó inadvertido a los soldados que vigilaban su morada. A partir de ese momento todo fue desgraciado. En la angustia por salvarse, se dejó caer estrepitosamente por la chimenea de la casa vecina, lo que causó pánico a la familia Herrera. España no la quiso comprometer y ante la evidencia de que estaba allí, salió al salón de la casa y dijo: “Señores, yo soy el reo”.

“Mis cenizas serán honradas...”

El seis de mayo la sentencia estaba lista. España, que había sido trasladado a Caracas para las declaraciones, oyó de labios de Rafael Diego Mérida (1762-d.1828), escribano de la Real Audiencia, la decisión terrible: la que le imponía ser “sacado de la cárcel, arrastrado a la cola de una bestia de Albarda y conducido a la horca, publicándose por voz de pregonero sus delitos: que muerto naturalmente en ella por mano del verdugo, le sea cortada la cabeza y descuartizado: que la cabeza se lleve en una jaula de fierro al Puerto de La Guaira y se ponga en el extremo alto de una viga de treinta pies que se fijará en el suelo, a la entrada de aquel pueblo por la Puerta de Caracas: que se ponga en otro igual palo uno de sus cuartos, a la entrada del pueblo de Macuto, en donde ocultó otros gravísimos reos de Estado a quienes sacó de la Cárcel de La Guaira y proporcionó la fuga; otro en la Vigía de Chacón en donde tuvo oculto los citados reos de Estado; otro en el sitio llamado Quita Calzón, río arriba de La Guaira, en donde recibió el juramento de rebelión contra

el Rey; y otro en la Cumbre, donde proyectaba reunir las gentes que se proponía mandar...”.

Dos días más tarde, el 8 de mayo, a las diez y cuarto de la mañana la bestia arrastraba al reo con el mecate atado al cuello. La Plaza Mayor, donde han colocado la horca, está llena de curiosos que presencian la escena; pero están también allí los pardos, los negros y los indios, conjugados con los blancos, observando con dolor cómo aquel día se frustraba la esperanza de una libertad que estuvo a punto de obtenerse, pero que ahora se ahogaba con el último suspiro de José María España.

Ya al pie del cadalso, España pronunció las palabras proféticas que ha recogido la historia: “No pasará mucho tiempo sin que mis cenizas sean honradas por la patria en este mismo lugar”. En efecto, en ese mismo lugar se erigió la estatua del Padre de la Patria, en la actual Plaza Bolívar de Caracas. Y ocurrió también que en ese mismo sitio los cadetes José María y Prudencio España, hijos del héroe guaireño, portaron la Bandera de Miranda en el acto solemne de su proclamación, el 14 de julio de 1811.

El padre José Antonio Tinedo, amigo de la infancia de José María España, dirigió una emocionada oración que concluía con estas palabras: “Yo debo detenerme aquí en medio de la turbación que domina mi espíritu. Mi fe es de mi Rey; dejadme mis lágrimas para mis amigos”. El cadáver se hizo descolgar a las cinco de la tarde, cuando se descuartizó para cumplir fielmente con la sentencia.

Igual suerte corrieron los demás condenados por esta sublevación, que costó al gobierno una erogación de 343.932 pesos, entre haberes y mantenimiento de caballería y de infantería, armas, herramientas, pago y viáticos de espías a las Antillas, premios a los delatores, alimentación de las distintas comisiones por montes y quebradas en busca de los conjurados, honorarios a los funcionarios de la Real Audiencia y a los empleados del Consejo de Indias en Madrid.

“La Gloria de ser el salvador de su patria”

Gual y los demás amigos, que aguardaban en Trinidad una señal de José María España, sufrieron en carne propia lo ocurrido a los mártires de la revolución. Determinado a libertar a su patria, Manuel Gual escribe al General Francisco de Miranda, quien se ocupa en Londres de estimular al Gobierno inglés para lograr que le ayuden en sus propósitos de independencia.

En expresiva carta, Gual dice a Miranda: “Si por lo mal que le han pagado a usted los hombres: si por amor a la lectura y a una vida privada, como anunciaba de usted un diario, no ha renunciado usted a estos hermosos climas y a la gloria pura de ser el salvador de su patria, el Pueblo Americano no desea sino uno: ¡venga usted a serlo...Miranda! Yo no tengo otra pasión que la de ver realizada esta hermosa obra, ni tendré otro honor que el de ser un subalterno de usted”.

Junto con la carta Gual le envía al Precursor todo un plan de invasión a Venezuela, para lo cual necesita 5.000 fusiles, dos fragatas de guerra y algunos cañones. Por lo que se ve, Gual estaba decidido a hacer la guerra en serio, y no se dedicó a vagabundear por las Antillas después del fracaso de España, como lo dice cierto diccionario.

La respuesta de Miranda es portadora de entusiasmo. Le dice, sin embargo, que si en vez de escribirle en julio lo hubiese hecho 8 meses antes “ya estarían acaso realizadas todas sus laudables solicitudes y cumplidos mis ardientes deseos; mas no hay que entibiarse por el retardo de usted, ánimo a nuestros dignos compatriotas... Sépase usted señor Don Manuel que tiene usted muchos más compañeros y colegas en la honrosa posición que ocupa en el día que lo que usted mismo piensa; mas ninguno que aprecie más sus talentos y virtudes que su compatriota”.

Pero todas las tentativas fueron vanas. Manuel Gual fue envenenado en San José de Oruña, isla de Trinidad, por el Capitán Valecillos, espía enviado para esos fines. Así moría en forma definitiva la Conspiración de Gual y España.

La cosecha

Hecho el sacrificio de los principales líderes, tocó a Picornell, en Trinidad, y a Cortés, en Guadalupe, desarticular todos los propósitos, postergarlos para mejor oportunidad. Se trasladó Picornell a Estados Unidos, luego a París, y después de diversas andanzas, cuando se da en Caracas el golpe del 19 de abril de 1810, se reencuentra en esta ciudad con Cortés Campomanes y Sebastián Andrés.

Reunido el Congreso de 1811, en la sesión del 20 de agosto fue recibido Picornell, quien acudió para ofrecer sus servicios a la causa republicana. No se le dio la calurosa acogida que esperaba y que merecía, y se enfrió su entusiasmo. Cortés de Campomanes, en cambio, entró de lleno a la guerra, y estando como edecán a las órdenes del Generalísimo Miranda, sufre herida de bala; a partir de entonces acompaña a Bolívar en todos los avatares, hasta 1820 en que cae en desgracia y pierde la confianza con que le había distinguido el Libertador.

Lástima grande —y hay que decirlo—, después de 1812 la conducta de Picornell tuvo un giro distinto. Tanto él como Sebastián Andrés se traicionaron a sí mismos, fueron desleales a la revolución que iniciaron y vivieron dando tumbos de arrepentimiento en arrepentimiento. Picornell murió en 1825, sintiendo el rechazo de los patriotas venezolanos que supieron de su deslealtad, después de una gloriosa trayectoria.

Las Ordenanzas o Constituciones son un conjunto de 44 artículos, escritos por Picornell en su prisión guaireña, en 1797, a fin de contagiar a la población venezolana sus ideales de libertad y poner en marcha la conspiración junto con Gual y España. Entresacamos algunos de los artículos:

1.- Entre todos los habitantes habrá unión, constancia y fidelidad. Todos formarán la firme resolución de morir primero que abandonar la Justicia de esta Causa.

3.- El que a la sombra de esta revolución hija de la razón, de la justicia y de la virtud, por fines particulares, incendiare algunos edificios, ejecutare algún asesinato, atropellare alguna persona, cometiére algún robo, perdiere el respeto o decoro a mujeres sea de la clase que fuere, o extraviare algunos papeles será inmediatamente castigado con rigor...

5.- Inmediatamente que llegue a noticia de cualesquier pueblo esta indispensable determinación, se armarán sus vecinos del mejor modo posible, y divididos en varias cuadrillas, mandada cada una por un Cabo que entre sí elijan, harán resuene por toda sus calles y Plazas la voz: —Viva el Pueblo Americano: se apoderarán de todas las oficinas y parajes donde haya caudales públicos, papeles, armas, o municiones de guerra, cerrando con candados sus puertas, y dejando en cada una de estas partes el suficiente número de soldados y paisanos para su custodia...

6.- Enseguida se procederá por edictos a la deposición de todos los empleados en rentas, ramo militar y administración de justicia actual, y a la convocación del pueblo en lugar y hora señalada: para el nombramiento de una Junta Gubernativa interina compuesta de más o menos número de individuos según la población, y circunstancia de cada lugar.

13.- Serán tratados con respeto, y veneración los templos, y las imágenes, y todos los sacerdotes, contra los cuales cualesquier insulto será castigado con rigor.

18.- Todos nuestros puertos y radas estarán abiertos para todas las naciones del mundo, desde el principio de la revolución, guardando

con ellas la mayor armonía, y observando la más exacta neutralidad con las potencias beligerantes.

Estríbillo:

Viva nuestro Pueblo.

**Viva la Igualdad,
La Ley, la Justicia
y la Libertad**

Pueblo americano
ya ha llegado el día
que el partido muera
de la tiranía:

Unámonos todos
contra su poder
y nuestros derechos
hagamos valer.

Los blancos, los negros,
los indios y pardos,
conozcamos todos
que somos hermanos,
que a todos nos une
un interés mismo,
para hacer la guerra
contra el despotismo.

Ha trescientos años
que llora afligido
el americano
triste y oprimido:
y el tirano muestra
que aún no le ha saciado
la sangre inocente
que ha sacrificado.

El que en esta empresa
se halle indiferente
será reputado
como delincuente,
pues quien a su Patria
no ayuda atrevido,
unido se muestra
al cruel partido.

No habrá para el rico
distinción ninguna
ni sufrirá el pobre
vejación alguna:

La virtud en todos
se verá premiada,
la culpa igualmente
será castigada.

A las armas todos
marchemos unidos,
sean los soberbios
de una vez vencidos:
para que podamos
decir este día,
en unión perfecta
y con alegría:

**Viva nuestro Pueblo,
Viva la Igualdad,
la Ley, la Justicia
y la Libertad.**

32.- Se declara la igualdad natural entre todos los habitantes de las provincias y distritos: y se encarga que entre blancos, indios, pardos y morenos reine la mayor armonía, mirándose todos como hermanos en Jesucristo, iguales por Dios, procurando aventajarse sólo unos a otros en mérito y virtud, que son las dos únicas distinciones reales y verdaderas que hay de hombre a hombre, y habrá en lo sucesivo entre todos los individuos de nuestra república.

34.- Queda desde luego abolida la esclavitud como contraria a la humanidad...

Yo que soy un sin camisa
un baile tengo que dar,
y en lugar de guitarras,
cañones sonarán.

Bailen los sin camisa
y viva el son, y viva el son:
bailen los sin camisas
y viva el son del cañón.

Bailen los sin camisas
y viva el son, y viva el son:
bailen los sin camisas
y viva el son del cañón.

También los Gobernadores
al pueblo han sacrificado,
pero los sin camisas
vengarán su atentado.

Si alguno quiere saber
por qué estoy descamisado,
porque con los tributos
el Rey me ha desnudado.

Bailen los sin camisas
y viva el son, y viva el son:
bailen los sin camisas
y viva el son del cañón.

Bailen los sin camisas
y viva el son, y viva el son:
bailen los sin camisas
y viva el son del cañón.

Sin tardanza romperemos
tus cadenas, Patria amada,
pues de tu amor el fuego
nuestros pechos inflama.

Todos los reyes del mundo
son igualmente tiranos
y uno de los mayores
es ese infame Carlos.

Bailen los sin camisas
y viva el son, y viva el son:
bailen los sin camisas
y viva el son del cañón.

Las Instrucciones, también escritas por Picornell en la prisión, estaban destinadas a orientar las acciones que se tomarían en el momento del golpe. Comenzaba ordenando “una proclama general por las calles y plazas públicas diciendo en voz alta: Viva la ley de Dios, viva el pueblo americano, y muera el mal Gobierno”.

La Exhortación a los Pueblos es otro de los papeles de Picornell en su incansable afán de dar ideología definida a la revolución. La Exhortación era una encendida proclama, asumiendo que ya había triunfado el movimiento. Sus palabras iniciales muestran la fe de este insigne luchador: “Llegó ya el día, padres de la Patria, en que se puede anunciar la libertad del pueblo americano, y no dudo que recibiréis esta noticia con todo el aplauso y alegría que merece. Se trata de romper para siempre las cadenas de nuestra esclavitud. El protector de la empresa es el mismo Dios, el instrumento de los hombres buenos, y el cimiento de esta grande obra la razón, la justicia y la virtud...”.

El Soneto Americano, con música del ingeniero Miguel de Larruleta, es obra de Manuel Cortés de Campomanes, quien lo escribió mientras estaba escondido en la Vigía de Chacón. Sirvió para animar todas las reuniones patrióticas que se celebraron en La Guaira en torno a la Revolución. Copiamos el estribillo y algunas de las estrofas:

La Canción Americana, también de Cortés Campomanes, figura junto con la Carmañola Americana entre los papeles prohibidos por el Gobierno de Venezuela al debelarse la Conspiración de Gual y España. Basada en la francesa, esta Carmañola tenía unos versos muy sugestivos que eran coreados por el pueblo. Ligeramente variados, serán aprovechados estos versos por los revolucionarios de 1810.

Lino Gallardo (c.1773-1837) les pondrá música en 1811, o quizás en 1797. Estas son algunas de las estrofas:

LOS INTENTOS INDEPENDENTISTAS DEL PRECURSOR FRANCISCO DE MIRANDA

Perfil del Precursor

El historiador Alfonso Rumazo González, al hablar de la obra gigantesca de nuestro compatriota más universal, señala que Miranda “inventó y creó la Revolución, enrubándola reciamente durante treinta años”.

Fue, pues, Miranda, el Precursor. Antes de que Bolívar naciera, mucho antes de las insurrecciones de Chirino y de Gual y España, ya Miranda luchaba por la libertad. Orgullosamente él mismo lo dice al Conde de Woronsow, en una carta fechada en París, el 30 de agosto de 1792: “Que yo me haya unido a los defensores de la libertad (se refiere a los franceses) no debe asombrarle, ya que usted sabe que es mi divinidad favorita: y que yo me he consagrado a su servicio, mucho antes de que Francia pensara en ocuparse de ella”.

¿Quién era este personaje extraordinario, que un contemporáneo suyo llamaba “el hombre de la palidez extraterrestre”, y Mariano Picón Salas ha calificado como “el primer criollo de dimensión histórica mundial”?

Sebastián Francisco de Miranda, quien luego usó solamente el segundo nombre, nació en Caracas, el 28 de marzo de 1750. Sus padres fueron Sebastián de Miranda, canario, y Francisca Antonia Rodríguez, caraqueña. A los doce años inicia estudios de latinidad en el Colegio Santa Rosa de Lima (Universidad de Caracas). Allí mismo estudia Arte durante tres años. No ha cumplido aún los 21 años cuando viaja a España.

En Madrid compra el grado de Capitán del Regimiento de Infantería de la Princesa por 85.000 reales de vellón. En Melilla, África, recibe su bautismo de fuego. Es allí donde se inicia su carrera militar, que irá siempre en ascenso, hasta participar con la más alta distinción en

las luchas por la independencia de Estados Unidos, en la Revolución Francesa y, naturalmente, en la de América.

Desde Londres, hace los más apasionados intentos por lograr el apoyo inglés a sus proyectos. Piensa que Suramérica está en ebullición y en el mejor momento para su independencia. Sintiendo “uno de los más antiguos soldados de la República y Ciudadano Francés”, escribe a Napoleón Bonaparte (1769-1821), Primer Cónsul de Francia: “El amor a la Libertad por la cual tantos y tantos sacrificios hice en otras partes, me indujo a que me negara a vivir en mi país natal, quizás el más oprimido de todos los de la tierra, y determinó mi última vinculación con Francia”. Luego veremos que Miranda detestará la Revolución Francesa por los procedimientos jacobinistas de terror y muerte que adoptó y por la desmedida ambición de poder y de conquista del propio Napoleón.

“Tiene el fuego sagrado en el alma”

Precisamente Napoleón Bonaparte, gran conocedor del alma humana, distinguió en Miranda cualidades excepcionales, y penetrando su interior llegó a decir que el venezolano tenía “el fuego en el alma”, para significar la pasión con que acometía cada uno de sus actos.

Toda su pasión revolucionaria va a culminar, en su primera etapa, con la invasión a Venezuela, que preparó desde Nueva York, donde llega el 9 de noviembre de 1805, después de “una travesía de perros, la más desagradable que he experimentado en toda mi vida”, según el propio Miranda.

En Nueva York se encuentra con su antiguo amigo, el Coronel William Smith, ahora Inspector del Puerto de Nueva York. Conoce aquí a dos personajes que le serán muy útiles: Samuel Ogden, comerciante, y el Comodoro Lewis. Miranda cuenta con la simpatía y amistad del Presidente de los Estados Unidos, Tomás Jefferson (1743-1826), pero éste no puede ayudarlo descaradamente. Sólo le deja que haga; se hace la vista gorda.

El Ejército Colombiano

La palabra Colombia la inventó Francisco de Miranda como un homenaje al Descubridor Cristóbal Colón. Para él, Colombia era toda la América del Sur, el Continente que se iba a libertar. Posteriormente, en 1819, Bolívar hará justicia a Colón y a Miranda y bautizará con el nombre de Colombia a la nueva República fundada.

Con 20.000 dólares que donó Ogden y otras contribuciones, Miranda compró un buque de 180 toneladas, que bautizó con el nombre de su pequeño hijo Leander (Leandro). Las otras dos embarcaciones adquiridas fueron la Indostán y Emperor. En el Leander iban 500 fusiles, algunos cañones, 500 sables, trabucos, 400 machetes, cinco toneladas de plomo, 10.000 pedernales de fusil, etc. Con este material bélico y doscientos hombres, soñaba Miranda su Ejército Colombiano.

Con una tripulación abigarrada, formada por vagos y maleantes de los muelles de Nueva York, norteamericanos, austriacos, franceses, polacos, sale Miranda con su expedición el 2 de febrero de 1806. A bordo del Leandro, Miranda enarbola por primera vez la bandera venezolana: azul, amarillo y rojo (después, en 1811, modificará el orden de los colores: amarillo, azul y rojo). Hace que todos aquellos “soldados” juren fidelidad a esa bandera y al libre pueblo de Sudamérica. Parecen cosas propias de un soñador, de un verdadero iluso. Como la expedición no se había preparado en absoluto secreto, las autoridades diplomáticas de España en Estados Unidos se han dado cuenta y han informado al Gobierno de Venezuela que Miranda se dirige a sus costas con el Leander y dos goletas más: Bachus (Baco) y Bee (Abeja), que han sido contratadas en Haití. De ese modo, cuando pretenden desembarcar en Ocumare, son recibidos con el fuego de dos guardacostas. Aunque los expedicionarios responden al fuego, las goletas Bachus y Bee son apresadas. El Leander logra escapar y va a Trinidad después de hacer escalas en Grenada y Barbados.

La embarcación Indostán finalmente no viajó, y la Emperor no quiso proseguir, de modo que en el puerto de Jacmel, Haití, son sustituidas por las goletas Bachus y Bee. A bordo del Leander se imprimen las proclamas que difundirá Miranda. Es la acertada utilización de la imprenta que el Precursor lleva consigo. En ese puerto de Jacmel, en el palo mayor del Leander se iza por primera vez la bandera tricolor el 12 de marzo de 1806.

El ataque de las autoridades venezolanas, cuando ya Miranda estaba frente a Ocumare de la Costa, en la madrugada del 28 de abril, tras un duelo de artillería que duró 40 minutos, dio al traste con los sueños de los invasores. Los 58 prisioneros fueron trasladados al Castillo de San Felipe, en Puerto Cabello. Diez de ellos serán ahorcados el 21 de julio de ese mismo año. Los demás sufrirán prisión por más de diez años. Uno de los ahorcados y descuartizados fue el impresor norteamericano Miles L. Hall (o Hale), quien por tal razón ha sido considerado como “el primer mártir de la imprenta en Venezuela”.

Para ofrecer una idea de la importancia que daba Miranda a la imprenta y sus servicios de propaganda, diremos que en la fracasada expedición a Ocumare viajaban seis tipógrafos: John H. Sherman, John Elliot, Robert Saunders, John M. Elliot, Henry Ingersoll y el ya citado Miles L. Hall. Sólo este último fue ajusticiado.

¿Enemigo de Dios?

No se da por vencido el bravo General que acaba de cumplir 56 años de edad. Cincuenta y seis años bien vividos, de intensa actividad por casi todo el mundo, viajero universal, apasionado de las artes, de la lectura, dueño de una de las bibliotecas más preciadas de la época. Ahora está en la isla de Bonaire, sin sentirse fracasado, sólo es un aplazamiento de los planes.

En Bonaire, Miranda convoca a bordo del Leander una Junta de Guerra, el 3 de mayo. Quiere saber si sus oficiales están dispuestos a invadir de inmediato por las costas de Coro o llegar hasta Trinidad para reorganizarse y reforzar la expedición. Deciden esto último y se dirigen hacia la isla que hasta 1797 había sido venezolana. En alta mar son interceptados por la corbeta inglesa Lilly que conduce el Capitán Donald Campbell. Miranda es reconocido por su alto prestigio y se le facilitan víveres. Sigue hasta Granada. El 7 de junio desembarcan en Barbados, donde el Almirante Alejandro Cochrane le ofrece el apoyo de las Fuerzas Navales de Inglaterra.

Con el Leander, una goleta y dos buques de guerra, llega Miranda a Trinidad, el 23 de junio. Allí recibe ayuda de Hyslop, Gobernador de la Isla. Ahora la expedición ha crecido: la forman el Leander, la Express, la Attentive, la Provost, la Lilly, tres cañoneras y tres buques de transporte. Miranda se cambia de barco, viaja en la Lilly con el Capitán Campbell, que comanda los siete buques de guerra ingleses. Ya frente a las costas de Coro, el 1 de agosto, la fragata inglesa Bacchante se agrega a la flota.

Los 11 buques de la escuadra, con sus 300 hombres de desembarco, están ahora fondeados frente a la Vela de Coro. El General Miranda sentía que sus sueños estaban a punto de ser una hermosa realidad. En la madrugada del 3 de agosto de 1806, mientras los buques descargaban su artillería, se precipitaron a tierra Miranda y sus hombres. ¡Hacía 35 años que no pisaba su tierra venezolana! Y ese mismo día, al tomar el Fortín de La Vela, colocan en lo alto el pabellón tricolor. ¡Por primera vez flameaba nuestra bandera en el territorio nacional!

Por la noche, después de asegurarse que La Vela está bien protegida, marcha Miranda con su Ejército a tomar a Coro. Al llegar a esta ciudad la encuentra prácticamente desierta. La propaganda contra Miranda ha surtido efecto. Sobre todo la del Obispo de Mérida, Santiago Hernández

Milanés (1750-1812), que lo pinta como ateo, monstruo, traidor, enemigo de Dios y del Rey; pero no era ateo Miranda. Precisamente, antes de emprender esta aventura, ordenó que sus hijos fuesen bautizados cristianamente, lo que se hizo en el templo católico de Saint Patrik, el 23 de marzo de 1806. ¡En plena lucha mirandina!

Tanto en La Vela como en Coro el Precursor va con sus proclamas por delante. Riega las calles de papeles, los pega en las paredes, en las puertas del templo. Todos deben saber el por qué de la revolución; deben saber qué trae un ejército de “amigos o compatriotas vuestros, todos resueltos a dar la vida si fuere necesario por vuestra libertad e independencia, bajo los auspicios y protección de la marina británica...”.

El pueblo, fuertemente influido por la repulsa al enemigo inglés, la prédica de la Iglesia y por el santo temor al Rey, que consideraban puesto por Dios, le dio la espalda a Miranda. Nada hizo éste con izar la bandera en la torre de la Catedral coriana; nada logró con mostrar y reproducir la carta del jesuita Juan Pablo Viscardo y Guzmán (1748-1798), quien se confiesa partidario de la independencia de los pueblos de América. El sentimiento realista tenía trescientos años sembrado en la mente de los venezolanos; de nada le ha valido tomar la ciudad y gritar a los cuatros vientos. Le estaba hablando al vacío.

Mostrando moderación, y para no amedrentar a los corianos, Miranda ordena la retirada de las tropas a La Vela. Se producen algunos combates. El último, el 11 de agosto, costó a los patriotas más de 20 muertos. Según el pormenorizado relato del Comandante Militar de Coro, Capitán Juan Manuel de Salas, quien hizo esfuerzos desesperados por rechazar a los invasores, fueron 62 los rebeldes muertos.

Acorralados en La Vela por las tropas realistas que llegaban de refuerzo, y ante la negativa total del pueblo, se resigna Miranda a retirarse.

El 13 se dirige hacia Aruba. Pasa luego a Granada, a Barbados y por último a Trinidad, donde se detiene casi un año, con la esperanza

siempre viva de recibir nuevos auxilios de Inglaterra y de que el pueblo venezolano entienda el mensaje de libertad.

No hablemos de fracaso

Al parecer, las negociaciones con el gobierno inglés debía hacerlas él, personalmente. Por eso se va a Londres, donde llega el 1 de enero de 1807. Es viernes. En el puerto de Portsmouth hubo el día anterior un prolongado repique de campanas, aplausos y vivas por Miranda. El intento de libertar un nuevo mundo era en sí una hazaña que los ingleses supieron valorar. Ese día se entretiene un rato con su mujer Sara Andrews y sus dos hijos. No conocía a Francisco, quien nació el 27 de febrero de 1806, justamente cuando en Caracas se está enterando el Gobernador y Capitán General Manuel de Guevara y Vasconcelos (¿1740?-1807) de los proyectos de invasión. El domingo es día de descanso, pero el revolucionario no puede perder un minuto. Visita a su amigo Lord Castlereagh. No lo encuentra, mas le deja los papeles de su revolución. Un sueño se ha quedado trunco. La esperanza aun está viva. La llama del ideal no se ha debilitado. En Londres creen en él, lo consideran un héroe y lo estimulan. Pero, por ahora, se cierra el capítulo de las invasiones mirandinas.

¿Por qué fracasa el Precursor? ¿Quién ha hablado de fracaso! Sólo se han perdido los primeros encuentros, pero habrá otros episodios. Miranda no descansará, seguirá haciendo que la balanza europea no española se incline a favor de la revolución hispanoamericana. En ese tesonero esfuerzo habrán de encontrarlo Bolívar, López Méndez y Bello, en 1810, dado ya el golpe caraqueño. Empieza otro capítulo.

No hubo fracaso. Miranda les enseñó a los mantuanos caraqueños el camino de la contienda armada, les hizo ver que sí era posible obtener la independencia política que ellos querían, y que si lo habían rechazado en esta ocasión, porque no era de la misma clase social, ya tendrían que vérselas con él en una próxima oportunidad. La suerte estaba echada.

No hubo fracaso. Miranda dejó sembrada la inquietud entre todos los venezolanos. Y, lo más importante, si se retiró a Londres fue para conseguir, no ya los 300 desprevenidos hombres que le acompañaron en la quijotesca tentativa, sino 10.000 soldados, bien preparados para libertar al Continente Colombiano. Toda la labor de ablandamiento de las autoridades británicas, que sirvió luego a Simón Bolívar, es obra de Miranda, de sus luces y su prestigio, de su pasión por la libertad, de su intenso amor por la América que él llamó Colombia.

¡EL 19 DE ABRIL NACIÓ LA PATRIA!

“Ahora sois hombres libres”

Todavía se iba a producir un nuevo intento de golpe antes del 19 de abril de 1810. Se trata de la llamada conspiración de la Casa de Misericordia, cuartel general de los Granaderos de Aragua, cuyo comandante era el coronel marqués del Toro. En este acto revolucionario el marqués contaba con su hermano Fernando, inspector de las milicias.

Muy sensatamente, los revolucionarios pensaban que si Napoleón llegaba a dominar a toda España, Venezuela seguiría la misma suerte. Entonces, había que adelantar la independencia. Fernando Rodríguez del Toro señaló enfáticamente que la acción estaba dirigida a “declarar la independencia levantando el estandarte de la libertad.” Más, cuando ellos estaban convencidos de que Emparan entregaría la provincia venezolana a Bonaparte.

Esta conspiración fue debelada y prácticamente desdeñada por las autoridades. Emparan, amigo de Bolívar, le aconsejó que se retirase a alguna de sus propiedades por algún tiempo, y así lo hizo. Los Toro, en cambio, respetados en sus cargos militares, siguieron conspirando mientras algunos “patriotas” se arrepentían de haber participado en las intentonas o se pasaban decididamente al bando realista.

Amenazada España cada vez más con el avance diario de Napoleón, la Junta de Sevilla se traslada a Cádiz, a tiempo para salvarse, pues el rey José Bonaparte conquistó Sevilla con el fin de impedir que se reunieran las Cortes tal como se había anunciado. Se nombró, entonces, un Consejo de Regencia integrado por cinco miembros, uno de los cuales debía ser americano.

Esto no tenía otro objeto que el de atraer a los americanos a la obediencia del Rey, ante el temor de que aspiraran independizarse.

Resulta que ahora, por primera vez en trescientos años, los países hispanoamericanos iban a tener representación en las Cortes mediante diputados propios. ¡Mira qué cosa! En su desesperación, los españoles tuvieron el descaro de reconocer que hasta ese momento no éramos sino esclavos, pero que ahora nos “concedían” otra condición. ¡Qué generosos! El 14 de febrero de 1810 anuncia la Regencia la convocatoria a las Cortes, en estos términos:

“Desde este momento, españoles americanos, os veis elevados a la dignidad de hombres libres: no sois ya los mismos que antes, encorvados bajo un yugo mucho más duro mientras más distantes estabais del centro del poder, mirados con indiferencia, vejados por la codicia y destruidos por la ignorancia. Tened presente que al pronunciar o al escribir el nombre del que ha de venir a representaros en el congreso nacional, vuestros destinos ya no dependen ni de los ministros, ni de los virreyes, ni de los gobernadores: están en vuestras manos.”

¡Todos a la plaza mayor!

Con esta declaración quedaba más que justificada la conducta de los revolucionarios venezolanos. Ante la incertidumbre de lo que ocurría en España, por la escasez de noticias, aumentaban los rumores. Dos meses y medio sin información era mucho tiempo. Finalmente, el 17 de abril de 1810 llegaron a Caracas noticias procedentes de España: se decía que la situación era caótica, que toda Andalucía había caído en manos de los franceses y que sólo quedaba libre Cádiz, al mismo tiempo que se informaba sobre la creación del Consejo de Regencia.

Estas noticias acabaron por alarmar al pueblo y al gobierno. Emparan ya había empezado por enviar jóvenes militares criollos hacia distintas partes del país. Así llegó el día 18 de abril de 1810. Al mediodía se presentaron en Caracas Carlos Montúfar y Antonio Villavicencio, quienes traían la misión de anunciar la instalación del Consejo de Regencia en Cádiz. ¿Te acuerdas de Montúfar? Es el mismo amigo de

Bolívar, con quien compartió un tiempo en París. En la noche del 18 los conjurados se congregan en la casa de Valentín Ribas, cerca de la esquina de Maturín.

En la madrugada del 19 de abril pasaron a la esquina de Santa Teresa donde residía el médico José Ángel Álamo, para dar los últimos toques al plan, como estaba convenido. Entonces deciden que Nicolás Anzola y Martín Tovar Ponte convenzan a José de las Llamozas, vicepresidente del Ayuntamiento, para que convoque un cabildo extraordinario para la mañana del 19 de abril, Jueves Santo.

Llamozas, en verdad, no estaba facultado para hacer dicha convocatoria; él era un convencido realista, pero cayó en la trampa, igual que Emparan. En efecto, a las 8 de la mañana del 19 de abril cuando Emparan se terminaba de vestir para asistir a los oficios religiosos del Jueves Santo, los regidores Valentín Ribas y Rafael González se presentaron a su casa, entre Ibarra y Maturín, para invitarlo, de parte de Llamozas, a presidir la sesión especial del Ayuntamiento, porque había cosas graves que tratar. La reunión del cabildo era, pues, ilegal, pero al asistir el gobernador quedaba legitimado el acto.

Los patriotas que estaban comprometidos en el golpe se dieron a la tarea de recorrer los barrios de la ciudad, seduciendo al pueblo para que acudiese a la plaza mayor ese día 19, conscientes de que la sesión iba a ser trascendental. Los hermanos Ribas y los Montilla fueron los promotores de la concurrencia popular. A pesar de que antes no se había hecho adecuada campaña, no se había conquistado a la gente del pueblo en torno al sentimiento patriótico, republicano, la idea de los comprometidos era que todos los caraqueños fueran a la plaza, y que allí se enteraran de todo. Además, se suponía que los oficios religiosos congregarían, como siempre, a muchos fieles en la catedral.

Bolívar no estuvo presente en el cabildo abierto del 19 de abril porque Emparan había separado a los autores de la conspiración. Bolívar, pues,

se hallaba en Yare. Igual ocurrió con el marqués del Toro. A decir verdad, Emparan actuó con mucha candidez, ya que él tenía información confidencial de la trama política, pero lo atribuyó a rumores y no hizo mayor caso. Nunca se imaginó que iba a ser derrocado.

“Seguid el ejemplo...”

Eran, pues, las ocho de la mañana cuando el gobernador llegó al cabildo. Luego de varias intervenciones en apoyo o rechazo a la constitución de una junta, y cuando comenzaba a caldearse el ambiente, Emparan cortó el debate, alegando que eran las nueve, hora de iniciarse los oficios en la catedral. Fue una salida inteligente, con lo que estuvo a punto de perderse la partida. El Gobernador se encamina hacia la catedral con paso firme y desatiende los gritos de quienes le piden volver al cabildo. Pero de pronto, ya casi a las puertas de la iglesia, Francisco Salias toma una actitud valiente, ataja a Emparan con energía y lo obliga a volver al ayuntamiento, porque “está en juego la salvación pública.”

La guardia intenta arrestar a Salias, pero su jefe, Luis de Ponte, siguiendo instrucciones del Inspector General, Fernando Rodríguez del Toro, también de los comprometidos, ordenó dejar a Salias en paz. Esta acción prácticamente forzó a Emparan a regresar al cabildo.

Llena la sala a toda capacidad, en una reunión que se hacía cada vez más tormentosa, ante la imposibilidad de llegar a algún acuerdo, Emparan optó por asomarse al balcón y preguntar a la multitud si quería que él siguiese gobernando.

El pueblo caraqueño, que no estaba preparado para un cambio tan repentino, contestó inicialmente ¡sí! Detrás de Emparan se había colocado estratégicamente el canónigo chileno José Cortés de Madariaga, quien hizo señas al público indicándole que contestara que no quería al Gobernador. Secundaron a Madariaga en el gesto negativo Nicolás Anzola y el regidor Palacios. En esa vacilación estaba el pueblo cuando el

médico yaracuyano José Rafael Villarreal, atendiendo las señas de arriba, empezó a corear en medio de la plaza: “¡NO, NO LO QUEREMOS!” En cuestión de pocos instantes ya todo el pueblo estaba sumado al ¡NO! rotundo.

Fue entonces cuando Emparan, desilusionado, dijo: “Si no quieren que gobierne yo tampoco quiero mando.” Correspondía esta frase a una dejación voluntaria del cargo. De inmediato se constituyó una Junta Suprema conservadora de los derechos de Fernando VII, integrada por José de las Llamozas y Martín Tovar Ponte, alcaldes; Lino de Clemente, Juan Germán Roscio, José Félix Sosa, Francisco Javier Ustáriz, José Félix Ribas, Madariaga, entre otros.

Dos días más tarde, el 21 de abril, salían del país Emparan y otros funcionarios del derrocado gobierno español. La Junta les dio 18.000 pesos para el viaje. Como vas a ver más adelante, Vicente Emparan no fue el último Capitán General de Venezuela.

A partir de ese momento Caracas estuvo envuelta en un ambiente de fervor patriótico. La gente cantaba alborozada por las calles, acompañada de bandas musicales. Comenzaron a hacerse populares canciones patrióticas, entre ellas Gloria al bravo pueblo, cuyos autores se dice fueron Vicente Salías y Juan José Landaeta, pero es probable que más bien hayan sido Andrés Bello y Lino Gallardo, según pruebas fehacientes localizadas recientemente.

Justamente en esta composición, que años más tarde, en 1881, fue declarada Himno Nacional, se invita a los pueblos a seguir el ejemplo de Caracas al dar el primer paso hacia la revolución. La primera población que se sumó fue El Hatillo. Luego siguieron las provincias de Barcelona, Cumaná, Margarita, Barinas, Mérida y Trujillo. Por eso están representadas en las siete estrellas de la bandera nacional. Las provincias de Maracaibo, Guayana y Coro se incorporaron tardíamente.

El 19 de abril de 1810 fue, como has visto, un golpe de estado, pero no llegó de golpe. Ninguno de los actores principales de este suceso era improvisado. Se habían formado en la Universidad de Caracas o estudiaron en España. La formación de Simón Bolívar ya la conoces. No escapaba a ninguno de ellos el conocimiento de los orígenes y desarrollo de revoluciones tan notables como la norteamericana y la francesa. Venían, pues, nuestros patricios, alimentándose de estos movimientos independentistas, además de los que tenían muy cerca, los de José Leonardo Chirinos, Manuel Gual, José María España y el precursor Francisco de Miranda.

Dado exitosamente el golpe, Simón Bolívar acudió a ofrecer sus servicios al gobierno republicano. Lo primero que hace es unirse al grupo que desea organizarse políticamente. Nace así la Sociedad Patriótica, una especie de primer partido político venezolano. Allí se debatían con calor las ideas más avanzadas para motivar a la Junta Suprema a tomar acciones rápidas a favor de la independencia.

Se abre un período de transición mientras se reúne el Congreso que ha de dictar la primera Constitución venezolana. En esta época se observa una conducta de simulación. La Junta de Gobierno no se manifiesta abiertamente en contra de España; de hecho se usa la escarapela de Fernando VII y se habla de conservar los derechos de este rey cautivo.

Esta conducta desplegada en el inicio de nuestra Primera República era justificada. ¿Te imaginas lo que son 300 años oyendo hablar sólo de obediencia y fidelidad al rey y a las autoridades; escuchando que el poder del soberano le viene de Dios y por lo tanto es un pecado ir contra su autoridad? Era muy difícil, pues, mostrar la faz verdadera; debían ser muy prudentes los miembros del nuevo gobierno para tratar de ganarse a lo más nutrido de la población, a los pardos, que en un principio y por un tiempo largo no aceptaban que los poderosos aristócratas fueran los que gobernarán el país, porque consideraban que iban a ser sometidos

y tratados como esclavos. Esa es la razón por la que la Junta hablaba todavía de “nuestro muy amado soberano el Señor Don Fernando VII”, pese al recóndito propósito de absoluta independencia.

Bolívar, diplomático en Londres

La Junta Suprema actúa también en función de la diplomacia. Es necesario establecer relaciones con el resto del mundo para que todos sepan las razones de la destitución de Emparan, pero que no piensen que se ha roto con España. No. Se va a mantener la apariencia de que se defiende al rey Fernando. La idea que se quiere sembrar es la de que España está en poder de los franceses, y los venezolanos no queremos ser esclavos de Bonaparte. Había, pues, que solicitar ayuda a otras potencias extranjeras.

Es así como salen los primeros diplomáticos al exterior: Mariano Montilla y Vicente Salías van hacia Curazao y Jamaica; Casiano de Medranda y Carlos Guinet viajan a Trinidad; Juan Vicente Bolívar, Telésforo Orea y José Rafael Revenga parten hacia Estados Unidos. Por cierto, Juan Vicente, el hermano de Simón, pereció ahogado al naufragar el barco en que regresaba al país.

Por las características especiales del joven comandante de 27 años, la Junta Suprema considera que Simón Bolívar debe ir a Londres a representar a Venezuela en misión diplomática. Para ello lo primero que hace es darle el grado de coronel, con lo cual su representación adquiere mayor jerarquía.

A bordo de la corbeta Wellington sale Bolívar hacia Inglaterra, y después de 31 días de viaje llega a Portsmouth el 10 de julio de 1810. Le acompañan Luis López Méndez y, como secretario, Andrés Bello. Llevan la misión de ofrecer a Inglaterra “la más cordial alianza”; deben comportarse dentro de “las leyes fundamentales de la monarquía española”.

El día 14 de julio ya están en Londres. A las 8 de la noche del 16 son recibidos por Richard Wellesley, Secretario de Negocios Exteriores de Gran Bretaña. La reunión fue en la casa de campo del funcionario británico, en Apsley House. Evidentemente, no quería dar carácter oficial a la entrevista, que se realizó en francés, idioma que conocían los cuatro interlocutores. Lo primero que pidió Wellesley fue que Venezuela reconociera el Consejo de Regencia español. Recordemos que para este momento Inglaterra era aliada de España contra Francia. Pero los comisionados rechazaron la propuesta. Desde un principio captó Wellesley con claridad que los comisionados venezolanos sostenían su “lealtad” a Fernando VII, pero no aceptaban el gobierno de la Regencia, por no considerarlo representativo del rey.

En la segunda entrevista, realizada el jueves 19, Wellesley se comprometió a no desaprobado la Junta de Caracas y ofreció ayuda naval en caso de que los franceses atacaran a Venezuela. También se comprometió Inglaterra a mediar entre España y nuestro país, siempre que luchásemos a favor del “soberano legítimo” contra Francia.

EL CLUB DE LOS SINCAMISA O LA PRIMERA DIVISIÓN PARTIDISTA

Del primer partido político, fundado por Bolívar y Miranda, surgió otro de los exaltados anti-realistas.

La caraqueñísima esquina de Sociedad no se llama así, como pudiera creerse, por el hecho de haber funcionado allí la famosa Sociedad Patriótica de los albores de nuestra Independencia. También había estado en esa esquina, de muchos años antes, la “Sociedad de Economía y Amigos del País”, establecida por orden del Rey Carlos III.

Pero la esquina de Sociedad se hizo famosa en aquel entonces porque la Sociedad Patriótica era el foco de las agitaciones políticas. Esta Sociedad, que se había fundado independientemente del Congreso, y que no tenía nada que ver con la Sociedad Patriótica de Agricultura y Economía, como se ha venido diciendo, tenía sus principales motores en don Francisco de Miranda, quien había traído de Francia la idea; en Simón Bolívar, joven de 27 años que se había decidido fundarla; y en José Félix Ribas, impetuoso revolucionario, a quien los mismos republicanos tenían que mantener a raya.

En el seno de la sociedad eran admitidos todos aquellos que deseaban la independencia, ya que habían muchos franceses inscritos y por el hecho de estar presidida por Miranda, quien cifraba sus esperanzas en la Sociedad Patriótica antes que en el mismo Congreso.

Un testigo de aquellos años dice al respecto: “... esta Sociedad tiene marcadísimas tendencias de origen francés y una estrecha afinidad con el memorable club de los jacobinos, tanto por la violencia y extravagancia de los discursos que frecuentemente se pronuncian en sus sesiones, como por su influencia sobre los acuerdos que adopta el Gobierno”.

También admitía en sus filas a las damas que deseen participar en la política, cosa que era inusual para la época. Pero lo que sí era usual

ya en aquella época y en todas las anteriores y posteriores, es el chismorreó.

Juan Vicente González nos trae uno de esos supuestos diálogos que se oían con frecuencia:

— Viene hermosa y galana doña Margarita, y al lado trae, no sé para qué, al isleño Sopranos.

— Sí; están graciosas Concha y Anita; dime: ¿no es para reír ver a la tigre con su peineta de perlas, su ancho encaje sobre la media y tan largo marchante?

— Calla, que nos oye su hermano, que pasa a saludarlas.

— ¡Mozo elegante por cierto! Guapo está con su calzón de mahón, su bota jacobina, su...

— Sabe ponerse, como hijo que es de sastre. Don Matías está aquí, porque como profesamos la tolerancia, admitimos a los paganos.

Otra decía:

— Habrá música al salir; mira los tres condes.

— ¡Que si habrá música! Sin duda piensa en ello Catalina Arrieta, que se desvive mirando al clarinete Blas Borges.

Pero lo que más hacía popular a esa esquina de Sociedad era la masa que allí se reunía. Con cada día se complicaba el asunto revolucionario, las sesiones de la Sociedad Patriótica, que ya tenía casi seiscientos miembros, se realizaban diariamente, entre 8 y 11 de la noche. Adentro se debatía acaloradamente. Afuera, en la esquina, se reunían los esclavos, negros, mulatos, gente verdaderamente del pueblo, a escuchar aquellos gritos de libertad, de patria, que jamás habían oído antes.

Los discursos incendiarios de los miembros de la Sociedad llenaban de calor el ambiente.

El pueblo se entusiasmaba y poco a poco iba calando en las masas aquella doctrina extraña para ellos, pero que los “jacobinos” lanzaban con toda la intención y con conocimiento de causa.

De todos modos, había dos corrientes en el seno de la Sociedad Patriótica. Unos que han sido llamados “timoratos” y otros “revoltosos”. Los primeros que no dejaban de ser más revolucionarios que los del Congreso, estaban prácticamente midiendo sus pasos para llegar a una actividad definitiva.

Querían, desde luego, que el Congreso declarara la independencia de una sola vez, para acabar de aclarar el horizonte político, la indecisión en que se encontraban. Les preocupaba el hecho de que los enemigos de la independencia confundieron al pueblo, diciendo que los de la Sociedad Patriótica eran una “masonería”. Por otra parte, estaba el grupo de los “revoltosos”, que eran más bien los extremistas de la época. Estos agitan más de la cuenta, enfervorizan al pueblo prometiéndole toda clase de libertades. ¿Por qué tiene que haber esclavos?, ¿por qué la división entre ricos y pobres?, ¿por qué el odio a la gente de color? La Sociedad Patriótica se había convertido en una casa de demagogia, a través de cuyas ventanas el pueblo escuchaba todo aquello que le gustaba oír.

Cuando se cumplió el primer año del 19 de abril, Antonio Muñoz Tébar dijo: “Hoy es el natalicio de la revolución. Termina un año perdido en sueños de amor por el esclavo de Bonaparte. ¡Que principie ya el año primero de la independencia y de la libertad”. Pero cuando Tébar mencionó la palabra anarquía, se levantó Coto Paúl, uno de los más grandes demagogos de la Sociedad Patriótica, y dijo: “¡La anarquía! Esa es la libertad cuando para huir de la tiranía desata el cinto y desanuda la cabellera oncosa. ¡La anarquía! Cuando los dioses de los débiles,

la desconfianza y el pavor, los maldicen, yo caigo de rodillas a su presencia. Señores, que la anarquía, con las antorchas de las furias en la mano, nos guíen al Congreso para que su humo embriague a los facciosos del orden y la sigan por calles y plazas gritando ¡libertad! Para reanimar el mar muerto del Congreso estamos aquí en la alta montaña de la santa demagogia”.

Los encontronazos se produjeron muy a menudo, hasta que llegó la hora de la división. El primer partido político venezolano, la Sociedad Patriótica, fundada por Bolívar y Miranda, se dividió y surgió otro grupo, integrado por exaltados, que se denominó el Club de los Sincamisa, más demagógica todavía, según el terrible Juan Vicente González.

Este Club estaba dirigido nada menos que por un sacerdote, de San Felipe, llamado José Joaquín Liendo y Larrea. Celebrará sus sesiones en un principio en la casa donde vivía el cura, que era propiedad de su prima, doña Micaela Delgado. Posteriormente le brindó su casa don Andrés Moreno, quien había sufrido mucho por la patria en lo poco que iba de “Independencia” y el Congreso le decretó una medalla que decía: “La sufrí por la patria”.

Tenía el Club de los Sincamisa su propio himno, basado en la letra de la Carmañola Americana. La música la compuso uno de los hermanos Landaeta, que formaban parte del Club. “Aunque pobre y sin camisa, un baile tengo que dar, y en lugar de la guitarra, cañones resonarán. Que bailen los Sincamisa, y viva el son del cañón...”.

Nos dice Manuel Vicente Magallanes que el padre Liendo era “un hablador impertinente...ardiente republicano; tenía para España, los españoles y las autoridades reales los epítetos más infamantes... En una ocasión, precisamente en la celebración aniversaria del 19 de abril, condujo una manifestación hasta las orillas del Guaire, portando un retrato de Fernando VII. Al llegar al río lo sumergió tres veces en el agua para “ahogar” al infame rey. Luego, con peculiares ceremonias,

enterró la efigie en la ribera para simbolizar con ella el cese del dominio español”.

La celebración del 19 de abril fue distinta, pues, de acuerdo con los grupos. Los de Miranda desfilaron con escarapelas amarillas, azules y rojas, con banderas y bandas de músicos, comparsas, etc. Hubo bailes públicos hasta altas horas de la noche y Caracas se iluminó totalmente. Contrastaba este fervor sano con las excentricidades del Padre Liendo y su Club de los Sincamisa.

FONDO EDITORIAL IPASME

Presidente:

José Gregorio Linares

Asesores:

Alí Ramón Rojas Olaya y Ángel González

Edición:

**Nelly Montero, Janeth Suárez, Freddy Best, Darcy Zambrano y
Odalys Marcano**

Diseño Gráfico:

Luis Durán, María Carolina Varela y Fabiola Berton

Plan Revolucionario de Lectura:

**Luis Darío Bernal Pinilla, Yuley Castillo, Verónica Pinto,
Mervin Duarte, Saudith Felibertt y Enricelis Guerra**

Administración:

Tibisay Rondón, Juan Carlos González Kari y Yesenia Moreno

IPASME va a la Escuela:

Alexis Cárcamo

Informática:

Enderber Hernández

Apoyo Logístico:

Eduardo Ariza y Víctor Manuel Guerra

Distribución:

Jazmín Santamaría y Ronald Carmona

Secretaría:

Gladys Basalo

El despertar de la conciencia resulta un magnífico libro para hacer llegar la historia al pueblo venezolano. Su autor contribuye con el Ministerio del Poder Popular para la Educación en todo lo que tiene que ver con los contenidos de historia que se imparten en la educación básica, media y diversificada. Es decir, la historia que a él le gustaba, partiendo de la rebeldía aborígen y culminando con el 19 de abril de 1810 o día del nacimiento de la Patria. Vinicio Romero nos pasea por un itinerario crítico y reflexivo: los 11 alzamientos zulianos, el desconcierto del siglo XVIII, el primer golpe de Estado, la palabra Patria y la República de Juan Francisco León, la sublevación de Pirela, el levantamiento de José Leonardo Chirinos, la conspiración de Gual y España y los intentos independentistas del Precursor Francisco de Miranda. Vinicio Romero nos obsequia una ñapa: el club de los sincamisa o la primera división partidista.

